MELCHOR EL PICAPEDRERO

ó

LA HONRA DE LOS POBRES.

DRAMA EN SEIS CUADROS PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO,

ESCRITO POR

G. S. Y C. R.

Representado por primera vez con estraordinario aplauso en el teatro del Odeon.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME JEPÚS,
calle de Petritxol, num. 14, principal.
1865.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
LEGRÁS

N.º de la procedencia
182H

MELCHOR EL PICAPEDRERO

ó

LA HONRA DE LOS POBRES.

Esta obra es propiedad de los autores, que perseguirán ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie su título, ó la represente en alguno de los teatros del Reino ó en cualquier sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Los autores han cedido sus derechos de representacion á D. Andrés Graupera, para los Teatros de la Isla de Cuba y de Puerto-Rico.

Los corresponsales de la galería dramática y lírica titulada el TEATRO son los encargados esclusivos del cobro de derechos de representacion en todos los puntos, escepto en los teatros de las islas de Cuba y Puerto-Rico, que lo es D. Andrés Graupera.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 22 de Julio de 1865.

El Censor de Teatros

NARCISO SERRA.

MELCHOR EL PICAPEDRERO

ó

LA HONRA DE LOS POBRES.

DRAMA EN SEIS CUADROS PRECEDIDOS DE UN PRÓLOGO,

ESCRITO POR

G. S. Y C. R.

Representado por primera vez con estraordinario aplauso en el teatro del Odeon.

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME JEPÚS,
calle de Petritxol, num. 14, principal.
1865.

PERSONAJES.	ACTORES.
MELCHOR NOEL, picapedrero. .	D. José Villahermosa.
TERESA, muger de Melchor. . .	D.ª Cornelia Pellizari.
CÁRMEN, hija de Melchor . . .	D.ª Francisca Soler.
DAMIAN, hijo de Melchor . . .	D. Francisco Puig.
CÁRLOS DUPIN.=Baron de Chateauvieux.	D. José Clucellas.
MOLINART, procurador. . . .	D. Fernando de Puigurigubr.
ENRIQUE DAVIS	D. Juan Beltran.
SAINT MANOIR.	D. Miguel Llimona.
SAVENEY	D. José Jané.
SUSANA.	D.ª Ana Alfonso de Puig.
PABLO	D. Joaquin Bigorria.
MARTA, muger de Pablo. . . .	D.ª N. N.
TOMÉ, lacayo.	D. Leon Fontova.
UN GUARDA.	D. Agustin Puig.
UN MÉDICO.	D. Juan Maleras.
UN COMISARIO.	D. Juan Sojo.
LOTERO.	D. Antonio Llobet.
UN GENDARME.	D. Eduardo Puig.
HOMBRE 1.°	D. José Ricard.
HOMBRE 2.°	D. Miguel Lopez.
UN HOMBRE.	D. Angel Rodó.

Un niño y una niña que no hablan, gerdarmes, caballeros, artesanos y obreros.

La accion se supone en Paris en el año 183.....

MELCHOR EL PICAPEDRERO

ó

LA HONRA DE LOS POBRES.

PRÓLOGO.

Encrucijada de calles. A la derecha y en primer término, una administracion de Loterias. En segundo término, espaciosa entrada de la casa de Saint-Manoir. A la izquierda una casa en construccion y al pié algunas piedras para labrar.

ESCENA PRIMERA.

MELCHOR y PABLO labrando las piedras y MARTA entrando con un cesto.

MARTA. Ola Pablo; aquí tienes el almuerzo. Habrás de comerlo solo por que yo vuelvo á casa al momento. *(Deja el cesto sobre una piedra.)* El niño continua en el mismo estado, ya no se que hacer...

PABLO. ¿Que ha dicho el médico?

MARTA. Nada que pueda consolarnos. Estoy temiendo que de un instante á otro vamos á perder á nuestro hijo. (*Llora.*)

722125

¡Pobre Luisito! La calentura no le ha abandonado desde esta mañana. ¡Cuán triste es para una madre ver como está pereciendo el fruto de sus entrañas!

PABLO. Vamos, no llores. No veo yo al niño tan enfermo como tu crees y Dios mediante espero qne se restablecerá. Tus lágrimas no le devolverán la salud. Tranquilízate y procura conservar la serenidad necesaria para cuidarle.

MELCHOR. *(Ap.)* ¡Pobres gentes!

PABLO. Mira, deja la cesta por aquí y vuelve á casa. No te muevas del lado de Luisito. Aqui tienes, para lo que se ofrezca, cuatro sueldos que me restan. (*Se los dá.*) Si se necesita mas, no habrá otro remedio que llevar al Monte de Piedad aquellas prendas de ropa de mi uso que estan en la caja. Adios. No te detengas.

MARTA. Adios y vos tambien, Melchor, muy buenos dias.

MELCHOR. Felices, Marta. Que mejore el chico.

MARTA. Mil gracias ¡Ojalá lo quiera Dios! (*Se vá.*)

ESCENA II.

MELCHOR y PABLO.

PABLO. Mucho me temo que va á morir ¡pobrecito! ¡Desgraciados de nosotros, que tanto le queremos! nunca me consolaré de su pérdida.

MELCHOR. No hay que desconfiar, Pablo. A su edad los niños tan pronto se hallan en las ansias de la muerte, como están sanos y robustos. Ya ves á mi Damian que rebosa salud y tiene una cara de pascuas; pues no hace tres meses que le daba por difunto... Pero ¿puedes cuidarle bien? Seme franco. ¿Lo que ganas con tu trabajo alcanza á cubrir los gastos que esta enfermedad exige?

PABLO. Hasta ahora he podido suministrarle cuanto ha ordenado el médico, gastando los ahorros de dos años, pero de hoy en adelante solo cuento con el fugaz recurso de lo que me presten sobre la poca ropa y trastos viejos de mi buhardilla. Cuando hasta esto se haya agotado, no sé como saldré del paso, si continua la dolencia de Luis.

Melchor. Como es tan corto tu jornal....

Pablo. Si á lo menos tuviese yo tu habilidad y fuese considerado como el primer oficial picapedrero de París, podría disponer de un sobrante apreciable para atender á las miserias de esta vida. Por desgracia mi jornal es tan limitado que apenas basta para atender al sustento de mi famila.

Melchor. Toma (*le da dinero.*)

Pablo. ¿ Qué me das?

Melchor. Poca cosa ; un franco y algunos sueldos.

Pablo. Este favor!..

Melchor. Vamos ¿de qué te estrañas? ¿Acaso no somos hermanos todos los obreros y no debemos mutuamente ayudarnos? Yo procuraré en cuanto pueda que nada falte á tu hijo mientras siga delicado.

Pablo. *(Con efusion.)* ¡Eres muy bueno!

Melchor. No se hable mas del asunto ; permita el cielo, que continue yo en la regular posicion en que me encuentro, que mientras así sea, yo supliré lo que falte á tu jornal para que puedas atender á la enfermedad de tu hijo y á la manutencion de tu familia.

Pablo. No sé como agradecerte tantos favores.

Melchor. Mañana tal vez yo mismo necesitaré de tí. Este es el mundo... Vamos á almorzar allí dentro , donde ha dejado mi esposa mi racion.

Pablo. ¡Buen Melchor! Dios recompensará con usura el bien que tan generosamente prodigas. (*Entran en la casa.*)

ESCENA III.

El BARON y S. MANOIR

Baron. No os empeñeis en que continue jugando. La mala suerte me persigue como sabeis y no quiero aventurar mas de lo que he perdido, Vizconde. Ayer en casa de Saveney perdí mas de ocho mil francos. Esta noche en vuestra casa he dejado cuanto dinero me quedaba.

S. Manoir. Esos son azares de la fortuna en que no debemos reparar. Vos sabeis que el misma Saveney perdió tiempo

atrás hasta su último sueldo; se procuró dinero, hipotecando su palacio y se le volvió la suerte tan favorable que cuenta en sus arcas doble capital del que tenia y ha podido satisfacer á los usureros. Yo mismo he visto en pocas horas vacía y llena mi caja. La fortuna es una inconstante niña, que hoy os niega sus favores y mañana os abre los brazos ansiosa de daros placer. Por lo mismo, dejad á un lado vuestros temores. No podeis abandonar el salon de juego.

Baron. He resuelto no volver á jugar.

S. Manoir. Estais en vos, Baron? Qué se dirá en el gran mundo si verificais tan vergonzosa retirada? Para evitaros esta fea nota he ido hasta vuestra casa y no cejaré hasta conseguir que os retracteis. Mirad, ya estamos en la mía: Subid y obrad como si nada hubiese sucedido. Yo seré mudo.

Baron. Vos ignorais cuan mala es mi situacion. (*Bajando la voz.*) Desde la muerte de mi padre, apenas me ha sonreido un dia la fortuna, siendo así que no he faltado uno á tributarle culto. Hoy especialmente se ha cebado en mí, mi mala estrella. No acerté una sola jugada.

S. Manoir. Tal vez ha llegado para vos la hora de un cambio favorable y la desperdiciais.

Baron. No me resta un miserable franco. (*Saca un billete de la cartera.*)

S. Manoir. ¿Que es, pues, ese billete?

Baron. Es dinero futuro, no contante. La lotería es un juego como cualquier otro.

S. Manoir. Confianza, pues. ¿Quien sabe si la fortuna de que tanto os quejais, se os ha venido á las manos con ese billete, baron?

Baron. Mucho lo dudo.

S. Manoir. No es imposible. Vuelvo á suplicaros que no abandoneis las casas de los amigos, la mía en particular está siempre abierta para vos y hariais una ofensa á mi amistad desatendiendo mis ruegos.

Baron. ¿Que quereis? Tan adversa suerte ha llegado á espantarme y creo me hará temblar la vista de una baraja.
(*Se oyen carcajadas en la casa de S. Manoir.*)

S. Manoir. Ois?

Baron. Me decido... volveré á jugar.

S. Manoir. Así, Baron.

Baron. Creo que no tendreis inconveniente en prestarme dinero?

S. Manoir. Ni el mas pequeño, Baron.

Baron. Subamos pues. (*Para si*) O voy á arruinarme por completo ó á recobrar lo perdido.

S. Manoir. Vamos, Baron. (*Entran en la casa.*)

ESCENA IV.

Hombres 1.° y 2.° y gente del pueblo que acude á ver las listas de la loteria.

Hombre 1.° Eh! Sr. Lotero. ¿Todavía no estan arregladas las listas? Parece que se anda con mucha cachaza.

Lotero. (*Dentro.*) Pronto estarán. Aguardar un momento.

Hombre 2.° Vaya, que es preciso que mi número haya salido premiado. (*Mirándolo*) 26.302.. bonito número por cierto.

Hombre 1.° En verdad que no es del todo malo... si le ha tocado la suerte.

Hombre 2.° Con esta intencion lo compré, buen hombre. De la anterior lotería cobré una y con ella me procuré este vestido y este billete. Si hoy no me favorece la suerte, siempre conservo el vestido.

Hombre 1.° A lo menos os queda este consuelo si no veis vuestro número estampado en las listas. No asi yo. El billete me cuesta media semana de juntar letra tras letra para imprimir el periódico; pero en cambio, si me toca una cantidad que valga la pena, doy al traste con las letras y los moldes y el periódico y todo lo que á la imprenta se parezca.

Hombre 2.° ¿Os cansa el oficio?

Hombre 1.° Mucho. Cansado estoy de trabajar como un negro dia y noche para ganar una mezquindad.

Hombre 2.° Paciencia, compadre, que cada cual sabe donde le aprieta el zapato.

Hombre 1.° Mal que me pese, bien sé que es preciso conformarse; mas aunque no haya remedio, bueno es tentar la suerte por si podemos salir de nuestra condicion.

ESCENA V.

Dichos (*paseando*). MELCHOR y PABLO que salen de la casa en construccion y TERESA con su hijo é hija, pequeñitos.

Teresa. ¿Todavía no estan las listas Señor, Lotero?

Lotero. (*Dentro.*) Pronto estarán, repito. ¡Cuanta prisa os dais!

Teresa. Vamos á ver á vuestro padre (*á los niños*). Miradle.

Melchor. (*Besando á los niños.*) ¡Que monos! Teresa ya he concluido de almorzar y puedes retirar la marmita que está alli dentro en el lugar de costumbre.

Teresa. Muy bien, voy por ella.

Melchor. Procura despachar cuanto antes tus faenas caseras y vete á la casa de Pablo para cuidar á Luisito que está muy enfermo.

Teresa. Pobrecito! Es una lástima.

Pablo. Empeora á cada momento... Mas siento que os tomeis por nosotros tales incomodidades.

Melchor. Nada debes sentir.

Teresa. ¡Pues no faltaba mas! Que desesperada debe esta Marta! Iré allá lo mas pronto posible y quedad seguro de que haré cuanto esté en mi mano para que nada le falte. (*Entra en la obra.*)

Pablo. Me comfundes con tus favores, Melchor: yo no se como agradecerlos.

Melchor. Me harás un obsequio no repitiendo frases de esta naturaleza ¡Quién sabe, Pablo, si algun dia yo necesitaré de tí! ¡Es tan variable lo de este mundo!

Pablo. Por tí no quisiera que llegase este caso; pero entonces verías mi reconocimiento. (*Se sientan sobre unas piedras y juegan con los niños.*)

ESCENA VI.

Dichos menos TERESA. S. MANOIR y el BARON que salen disputando de la casa de aquel.

S. Manoir. Por Dios! que vais á comprometer mi casa y mi nombre. Sosegaos.

Baron. Pero no habeis oido el insulto, mil truenos!

S. Manoir. Habeis entendido mal las palabra de Saveney. Su intencion no fué ofenderos.

Baron. No pudo ser otra.

S. Manoir. Escuchadme con calma y os convencereis. Saveney no tiene el mas pequeño indicio de vuestra apurada situacion. Sabe sí, que habeis perdido en el juego enormes sumas; pero como todo el mundo os cree aun muy rico, como lo sois apesar de esos apuros momentáneos de metálico...

Baron. *(Ap.)* ¡Ojalá fuere verdad!

S. Manoir. Esto supuesto y al ver que emprendíais la partida con los pocos luises que os quedaban, se ha dejado arrastrar por su naturaleza burlona y os ha echado alguna pulla, no creyendo que os hería en lo vivo. De esto á un insulto, como quereis suponer, hay mucha distancia.

Baron. No, no. El tono con qué lo ha dicho, es altamente injurioso.

Melchor. (*Observándoles.*) Muy animados salen de casa del Vizconde esos caballeros.

S. Manoir. Entrad en razon, reflexionad bien y dad á las frases su verdadero sentido. Calmaos y reparad que llamamos la atencion de los transeuntes.

S. Manoir. ¿Quereis que os acompañe á vuestra casa?

Baron. Os juro que Saveney me dará una satistisfaccion cumplida.

S. Manoir. Pero...

Baron. Dejadme... (*Se va bruscamente.*)

S. Manoir. (*Siguiéndole.*) Oh! no permitiré que os marcheis solo...

ESCENA VII.

Dichos, menos el BARON y S. MANOIR, luego TERESA.

Hombre 1.° Parece que está muy furioso aquel caballero.

Hombre 2.° ¿El Baron de Chateauvieux? Le conozco. Algun asunto de amor. Siempre anda metido en conquistas y es natural que esto le produzca disgustos y reyertas.

Hombre 1.° Es verdad. Esto es lo que se alcanza á vueltas de ciertos placeres.

Melchor. Claro! El Baron se encuentra rico, jóven, en medio del gran mundo y sin padres que vigilen su conducta. No tiene mas ocupacion que seguir la corriente de la sociedad en que vive.

Hombre 1.° ¿Conoceis al Baron?

Melchor. De nombre, nada mas que de nombre.

Hombre 2.° Está gastando todo su patrimonio en bailes y banquetes.

Melchor. Mucho le falta hacer para apurarlo. Segun me han dicho, es la suya una de las mejores fortunas de Paris.

Pablo. Casas mas fuertes se han visto perderse y desaparecer en pocos años.

Lotero. (*Colocando las listas á la puerta de la tienda.*) Las listas!

Melchor. Volvamos al trabajo, Pablo. (*Trabajan.*)

Hombre 1.° (*Comprobando el billete.*) Ni una sola cifra igual!

Hombre 2.° (*Idem.*) No he sido yo mas afortunado.

Hombre 1.° ¡Mal haya mi suerte! (*Rasga su billete.*)

Hombre 2.° Cual es el premiado con la primera.

Hombre 1.° El 7014.

Hombre 2.° ¡Número afortunado!... Yo equivoqué de nueve puntos.

Hombre 1.° El primer premio?

Hombre 2.° Ca! Tengo un 28000.

Teresa. (*Saliendo.*) Me voy para casa.

Melchor. No olvides mi encargo.

Pablo. Adios chiquillos, abur Teresa.

Teresa. Adios. Ola, ya están puestas las listas. (*Se mete la mano en el bolsillo.*) Se me ha olvidado el billete en casa. Voy á buscarlo. Vamos niños. (*Se va.*)

Hombre 2.° Pues señor me quedo con el vestido.

Hombre 1.° Me vuelvo á juntar letras. Adios.

Hombre 2.° Adios. (*Se van cada uno por su lado y otros artesanos comprueban su número.*)

ESCENA VIII.

PABLO y MELCHOR, trabajando, MOULINART y luego SAINT MANOIR.

MOULINART. (*Saliendo.*) Es preciso que vea al Baron. Esto no puede seguir así. (*Se dirige hácia la casa y viendo á Saint Manoir que va a entrar en ella le detiene.*) Perdonadme si os molesto un instante.

S. MANOIR. ¡Ah! sois vos Moulinart; cuanto gusteis. ¿Qué se os ofrece?

MOULIN. Venia en busca del Baron de Chateauvieux, que presumo estará en vuestra casa.

S. MANOIR. Ha estado en efecto, pero ahora no sé donde para. Ha tenido una ligera disputa con Saveney, y se ha marchado muy colérico; le he seguido para hacerle entrar en razon; pero como no he podido dar con él, vuelvo á hacer los honores de la casa.

MOULIN. Y no sabeis donde ha ido? ¿Dónde podria encontrarle?

S. MANOIR. Lo ignoro completamente.

MOULIN. Dícese que estos últimos dias ha perdido cantidades enormes en el juicio.

S. MANOIR. (*Ap.*) Disimulemos. (*Alto.*) Algo hay de eso; pero os lo han exagerado.

MOULIN. Voy á hablaros con toda franqueza, pues sois íntimo amigo del Baron.

S. MANOIR. Decid.

MOULIN. Soy procurador de los bienes del Baron, desde que murió su padre y me honra con una confianza ilimitada.

S. MANOIR. Lo sabia. Continuad.

MOULIN. Pues, bien: hoy es dia de vencimientos y los que han de cobrar se presentan para ser satisfechos. Es un verdadero diluvio de cuentas, que me pone en gran compromiso. Todos los fondos que tenia del Baron, se han agotado y aunque él me prometió que hoy sin falta me entregaria algunos miles de francos, no lo ha hecho. Me encuentro, pues, sin saber como salir del paso. Lo peor es, que algunos acreedores han dado muestras de desconfianza y todo esto cede en descrédito del Baron.

S. Manoir. Ya se ve, que sí. (*Ap.*) Empiezo á arrepentirme de haberle prestado dinero.

Moulin. Si pudiera encontrarle me sacaria él del compromiso.

S. Manoir. Tal vez está en su casa.

Moulin. No, ya he pasado por ella y ha sido inútil. Ah, el baron no tendrá otro recurso que vender las fincas de su patrimonio y aun no creo que baste su importe para cubrir esta y otras cuantiosas deudas de que tengo noticia.

S. Manoir. Mucho lo siento (*ap.*) por mi, sobre todo.

Moulin. Mas ¡oh! que idea.

S. Manoir. Hablad.

Moulin. Vos sois amigo del Baron y podriais adelantarme la cantidad necesaria para satisfacer á los acreedores mas exigentes. De esta suerte dariamos tiempo al tiempo y salvado el crédito del Baron, todo podria arreglarse.

S. Manoir. Oh! mi querido Moulinart, á mal árbol os arrimais. Cierto que yo desearia de todo corazon poder complaceros; mas tambien he sufrido pérdidas de consideracion en el juego y en verdad no puedo disponer de numerario.

Moulin. Mas, señor Vizconde.

S. Manoir. No, no, querido. Voy á mi casa de donde falto hace ya demasiado tiempo. Mi obligacion me llama allí. Por otra parte, bien sabeis que en cualquier cosa que pueda seros útil, así á vos como á mi amigo el Baron, estoy á vuestra disposicion en un todo; adios, querido Moulinart, adios! (*Se va á su casa.*)

Moulin. ¡Esas son las amistades que se contraen en los salones del gran tono! (*Pausa.*) Corro á ver si encuentro al Baron. (*Se va.*)

ESCENA IX.

MELCHOR y PABLO, trabajando. Luego ENRIQUE DAVIS.

Melchor. Grandes negocios llevan hoy ocupado al Vizconde de S. Manoir, continuamente entra y sale de su casa.

Pablo. Lo estraño, porque segun la algazara que se oye en ella, parece que están de fiesta y no es natural que abandone á los convidados.

Melchor. Su hermano cumplirá por él.

Pablo. Eso será. ¡Vaya un par de halajas los hermanos S. Manoir!

Melchor. Les conoces?

Pablo. Un poco. Hace un año que trabajé de mi oficio en una quinta suya y los lacayos, que siempre tienen la lengua suelta, me contaron las proezas de sus señores. Son muy manirotos. Todo lo derrochan en fiestas y banquetes.

Melchor. Si ellos supieran cuanto cuesta ganar un franco con el trabajo propio, pondrian mas cuidado en no gastarlo en cosas frívolas y de ninguna utilidad.

Davis. (*Saliendo.*) Ola, amigos, como sigue la obra?

Melchor. *(Levantándose.)* Véalo V. mismo, Mr. Davis, se trabaja cuanto se puede.

Davis. Bien lo veo y estoy muy satisfecho de vosotros. Pero aun así es cosa de nunca acabar la construccion de una casa.

Melchor. Habiéndola empezado, no hay mas que seguir adelante.

Davis. En efecto... Melchor, labrais perfectamente la piedra; sois una especialidad en vuestro oficio.

Melchor. Muchos años hace que no hago otra cosa, Mr. Davis, y siempre con grande aficion, así es que la trabajo casi por instinto. Es de suponer tambien que no sabria dedicarme á otra ocupacion en el desgraciado caso de inutilizarme para el oficio de picapedrero.

Davis. No temais esta desgracia. Siempre hay un Dios en el cielo para la gente honrada. (*Mirando la piedra.*) Teneis un tino particular en vuestros trabajos; adornos haceis que causarian envidia al mas célebre escultor, si supiera que se deben á vuestras toscas herramientas.

Pablo. Oh! Mr. Davis, es muy justa la fama que goza Melchor de ser el primer oficial picapedrero de la Ciudad.

Davis. Así me lo dijeron y por esta razon me empeñé en que trabajaseis por mi cuenta, habiéndome convencido de que no habia obrado mal.

Melchor. Algo mas cara os resultará la obra por este capricho.

Davis. Lo bueno nunca es caro. Por otra parte me gusta protejer á los artesanos que se distinguen en su oficio y hasta dar publicidad á su mérito. Mi carrera de escritor público

me facilita satisfacer este deseo y en cuanto á vos, podeis estar descuidado, que dedicaré á vuestra alabanza bastantes líneas de mi periódico.

MELCHOR. Sois demasiado bueno conmigo.

PABLO. Y tu lo eres con todo el mundo.

DAVIS. En mis escritos siempre reina la justicia y los redacto con la mas estricta imparcialidad, sin que mi opinion se doble ante el poder de los grandes, ni desatenga por su humildad á los pequeños.

MELCHOR. No todos son así.

DAVIS. Los que no siguen este camino desconocen su obligacion y la de la prensa periódica.

MELCHOR. ¿Quereis ver por vos mismo los adelantos de la obra?

DAVIS. Con mucho gusto.

MELCHOR. Entrad pues; yo os acompañaré.

DAVIS. Ya os sigo. *(Entran en la casa.)*

ESCENA X.

PABLO trabajando, el BARON y luego TERESA con los niños.

BARON. *(Demudado.)* ¡Estoy perdido! arruinado! Toda esta mañana ando vagando á la ventura y la casualidad me trae de nuevo á este maldito lugar... *(Risas en la casa de S. Manoir)*. ¡Tambien yo he reido así en otro tiempo en compañía de esos mismos que me llamaban su amigo! *(Mira azorado alrededor.)* Todos me parecen acreedores que me persiguen... ¡Ah! el valor de todos mis bienes no alcanza á la mitad de mis deudas. ¿Y aunque alcanzara... cómo quedo despues? Reducido á la mas espantosa miseria, sin medios siquiera de procurarme el sustento y siendo con mis asquerosos andrajos la mofa y el escarnio de mis compañeros de crápula... ¡No me queda otra cosa que el recuerdo de mi pasada opulencia!.. *(Queda pensativo)*.

TERESA. *(Entrando, á Pablo.)* ¿Dónde está Melchor?

PABLO. Adentro con Mr. Davis ¿queréis que le avise?

TERESA. No; le aguardaré. Queria tan solo que mirara si este billete ha salido premiado. *(Lo saca)*.

Pablo. Si supiera leer, os serviria con gusto.

Teresa. Gracias.

Baron. No tengo recurso alguno. La loteria tal vez... (*Viendo las listas saca el billete y se acerca*). Es mi última esperanza. Si esta falla, una pistola ó el rio. (*Con desaliento.*) Justo término de mi agitada existencia. Vamos. (*Examina las listas.*)

Teresa. Mucho tarda Melchor... Si lo preguntase á cualquiera.

Baron. (*Desesperado.*) Nada, nada... Aun dura el fatal destino que pesa sobre mí. (*Se aparta lentamente.*) Mi suerte está echada. (*Echando una última mirada á las listas.*) El número 7014 ha alcanzado el premio de un millon... feliz su poseedor...

Teresa. Tal vez ese caballero... sí... valor... (*Al Baron.*) ¡Caballero! (*Ap.*) ¡Que pálido está!

Baron. (*Brusco.*) ¿Qué quereis?

Teresa. Tendriais la bondad de mirar... (*Alargando el billete.*)

Baron. (*Rápido.*) A ver... número 7014. (*Bajo.*) ¡El premiado! La fortuna... (*Mira alrededor.*)

Teresa. (*Ap.*) ¡Qué modales tan raros! (*Alto.*) ¿Decís que?....

Baron. (*Despues de luchar consigo mismo.*) No... no puede ser... Tomad, buena muger, nada habeis sacado. (*Le devuelve el billete vacilando.*)

Teresa. ¡Ah! qué lástima! (*Alarga la mano.*)

Baron. (*Sigue vacilando; se oyen carcajadas en casa de S. Manoir; reaccion.*) ¡Oh! esto es la vida! (*Retira la mano y huye corriendo.*)

Teresa. Está loco!

Pablo. ¿Qué es esto?

Teresa. Huye con mi billete.

Pablo. ¿Cómo? (*Se levanta.*) Recordais el número?

Teresa. Sí; 7014.

Pablo ¡Ah! ladron, es el primer premio!

Teresa. ¡Ah! al ladron! al ladron! Melchor! pobres hijos mios! (*Los abraza llorando; acude gente; Pablo habla con ellos, algunos salen corriendo; confusion.*)

ESCENA XI.

Dichos menos el BARON, MELCHOR, DAVIS y gente que se agrupan.

TERESA. (*A Melchor que sale.*) ¡Me han robado el billete de la lotería premiado con un millon!

MELCHOR Y DAVIS. ¿Quién ha sido?

TERESA. No le conozco, un caballero! ah! Id en su busca. (*Llorando.*)

MELCHOR. (*Resignado.*) Dios lo ha dispuesto así. Mientras pueda trabajar no necesito el dinero de la lotería.

DAVIS. Yo perseguiré al traidor.

TERESA. Pero, Melchor...

MELCHOR. ¡Calla! Vete á cuidar al hijo de Pablo, allí haces falta.

TERESA. Pero...

MELCHOR. Vete... Trabajemos, Pablo. (*Se pone á trabajar; Teresa se va con los niños lentamente· Salen de casa S. Manoir varios jóvenes riendo y hablando.*)

DAVIS. (*Por los de la casa de S. Manoir.*) Vengan esos miserables á aprender lo que es un hombre de bien!

ACTO PRIMERO.

PRIMER CUADRO.

ESCENA I.

MELCHOR y TERESA.

MELCHOR. *(Apoyado de codos en la mesa con ademan abatido.)* ¡Cuándo terminará tanta desgracia! Parece que la Providencia quiere poner á prueba nuestra fortaleza y que por esta razon nos envia todos los desastres de que puede ser víctima un hombre honrado.

TERESA. *(Acercándose con cariño.)* Querido esposo, aparta de tu imaginacion las tristes ideas que de contínuo te atormentan.

MELCHOR. ¿Acaso la miseria que nos rodea existe en mi imaginacion? ¿No es una realidad? Mira á nuestro alrrededor... Te acuerdas, Teresa, de algunos años atrás? ¡Cuán distinto era entonces nuestro ajuar!

TERESA. ¡Ah! entonces aun no habia caido sobre nosotros la mayor de las desgracias que puede preveerse...

MELCHOR. En efecto. En aquel tiempo yo era apto para el trabajo y gracias á esto, ganaba un jornal que bastaba y sobraba para nuestras necesidades. Mas desde el dia funesto en que cayendo sobre mí una enorme piedra, me dejó para siempre inútil el brazo derecho, todo ha cambiado. ¿Qué otra cosa habia de suceder? En mí confiabais vosotros...

Teresa. Sí; tú eras nuestro sosten, faltando el producto de tu trabajo nos ha faltado todo. Nos hemos visto en el duro trance de vender los muebles, las ropas, todo... y al fin hemos venido á pasar á esta mezquina habitacion.

Melchor. ¡Ojalá podamos permanecer en ella! Estamos atrasados del pago de los alquileres y el procurador del casero amenaza con echarnos y hasta dice que me hará encarcelar.

Teresa. ¡Oh!.. no; eso no será; no puede ser. Cármen volverá á encontrar trabajo y podremos pagar estos atrasos.

Melchor. ¡Pobre Cármen! Por ella sufro mas que por mi mismo. ¿Dónde está?

Teresa. Ha salido á recorrer los talleres de las modistas por si en alguno querian emplearla. Muchos dias hace que pasa la mañana en esta ocupacion sin que por desgracia obtenga ningun resultado.

Melchor. Ni lo obtendrá nunca. Está escrito que hemos de apurar la copa del dolor... ¡Es insufrible este martirio! ¡ver que padeceis hambre y frio y no poder ausiliaros como es mi deber! verme inútil!...

Teresa. Cálmate... algun dia dejará de perseguirnos la desgracia. (*Pausa.*) ¡Quién diria al vernos en este estado que ha habido un momento en que hemos sido poseedores de un millon!

Melchor. ¡Calla por piedad! no me recuerdes ese atroz suceso... ¡Miserable!... ¡oh! ¡no hay justicia en el mundo, pues que el vil ladron está aun gozando del fruto de su traicion! Mi razon vacila al pensarlo.

Teresa. Parece imposible que sucediera...

Melchor. Mr. Davis tomó empeño en que no se consumara el delito; mas fueron infructuosos sus esfuerzos. El ladron es hombre rico, noble y bien reputado... hasta dijo que presentaria testigos de como él habia comprado el billete. Mr. Davis se informó y hubo de convencerse de que seria inútil cuanto se hiciese.

Teresa. ¡Fué una gran desgracia! ¿No sales hoy á paseo? esto te distraeria.

Melchor. Sí. Necesito respirar el aire puro. Aquí me ahogo. ¡Adios!

Teresa. Adios, no tardes en volver.

ESCENA II.

TERESA y PABLO.

PABLO. Buenos dias vecina. ¿Cómo está vuestro marido ?

TERESA. El estado de su salud me inspira mucho cuidado. A veces cree que tiene bueno el brazo que se estropeó y grita que quiere trabajar, que no necesita de nadie... Son verdaderos síntomas de locura.

PABLO. ¡No lo permita Dios ! A veces le oigo desde mi buardilla y me parte el corazon!

TERESA. Lo que le pone mas furioso es el recuerdo de su hijo. Se pasea á grandes pasos y se esplica á sí mismo como en un arranque de ira pasagero echó á Damian de casa, prohibiéndole que volviera á ella. Con este motivo se echa en cara su crueldad... y se le figura luego que el pobrecito ha muerto de hambre en la calle y que se le aparece su sombra pidiendo venganza.

PABLO. Procurad en estos casos distraerle.

TERESA. Así lo hago ; mas son inútiles los esfuerzos.

PABLO. ¿No habeis sabido mas de Damian?

TERESA. A los pocos dias de su partida, nos vimos precisados á cambiar de habitacion y hemos sabido por los vecinos que él fué á vernos y como encontrase el cuarto desocupado y nadie le diese razon de nuestra nueva vivienda, creyó que huíamos de él y juró en alta voz que puesto que nosotros le abandonábamos, él no daria un solo paso para encontrarnos. Desde entonces he hecho cuanto ha estado en mi mano para averiguar donde está ; pero nada he logrado descubrir.

PABLO. Consolaos... Estais muy débil , tal vez no habeis aun tomado alimento.

TERESA. Si, me siento muy débil.

PABLO. Aqui tengo un pedazo de fiambre , comed. Esto os hará provecho.

TERESA. No... gracias... me falta el apetito. Os agradezco en el alma los beneficios de que nos colmais.

Pablo. Callad, Teresa; no me recordeis que nunca podré pagaros la solicitud con que cuidasteis á mi hijo en su enfermedad. Solo siento no ser millonario para poder partir con vosotros mis bienes. ¡Si los ricos supiesen el bien que pueden hacer!...

Teresa. Los hay que ya lo saben. Ahí teneis á Mr. Davis que viene de cuando en cuando á vernos y á darnos consuelo. Además me ha ayudado mucho á buscar á Damian y cuando el asunto del billete lo tomó muy á pechos.

Pablo. Es un hombre benéfico.

Teresa. Si y muy delicado. Nunca ha querido darme las limosnas á la mano para no humillarme. Cuando quiere darnos algun dinero lo deja, sin que nadie lo note, sobre la mesa.

Pablo. Porque no le contais vuestros apuros por razon del alquiler y tal vez él....

Teresa. Oh! no, no quiero serle mas gravosa, demasiado nos protege.

Pablo. ¡Mucho tarda hoy Cármen! Tal vez ha encontrado trabajo.

Teresa. ¡Ojalá fuese así!

Pablo. Oigo pasos en la escalera ¿si será ella? Ah! no: es Mr. Davis.

ESCENA III.

Dichos y Mr. DAVIS.

Davis. (*Desde la puerta.*) Se puede entrar?

Teresa. Adelante, Mr. Davis. *(Le da una silla)* Siento no poder ofreceros mejor asiento, pero ya os hareis cargo de que no es esta habitacion para muy buen mueblage.

Davis. Gracias, Teresa. ¿Ha salido Melchor?

Teresa. No, hace mucho tiempo que ha marchado diciendo que iba á respirar el aire puro.

Davis. ¿Como se encuentra?

Teresa. Ah! señor, cada dia mas abatido. Su razon no está

entera. Hay veces que hasta me causa miedo. Tantos disgustos, le matan.

DAVIS. Pobre Melchor ! ¿ Y vuestra hija ?

TERESA. Cármen ha salido tambien para ver si en algun taller le dan ocupacion.

DAVIS. Como, pues ? No me digisteis dias pasados que con lo qué ella ganaba, podiais satisfacer el alquiler de esta habitacion?

TERESA. (*Turbada.*) Si señor... pero... solo es desde ayer que le falta trabajo... y espero que volverá pronto á tenerlo.

DAVIS. (*Ap.*) Creo entrever que esta buena gente me oculta toda la estension de su miseria. (*Alto.*) Teresa , no seais disimulada conmigo , no me engañeis. Manifestadme con toda franqueza vuestras necesidades, y confiad en que haré todo lo posible para socorreros.

TERESA. Gracias, Mr. Davis, pero creed pue nada os oculto, os digo la verdad.

DAVIS. Me ofenderiais procediendo de otro modo. Estoy resuelto á protegeros.

ESCENA IV.

Dichos y CARMEN.

CÁRMEN. (*Entrando triste.*) Tampoco he tenido hoy acierto. (*Reparando en Davis.*) Ah ! sois vos, Mr. Davis..... muy buenos dias.

DAVIS. Tengo un placer en saludaros, Cármen.

CÁRMEN. ¿Y padre?

TERESA. Ha salido un momento.

CÁRMEN. Cuando está fuera, siempre temo que le suceda algun percance.

TERESA. Tampoco estoy yo muy tranquila.

DAVIS. ¿Y á qué vienen estos temores?

TERESA. No son infundados... A vos, que sois nuestra providencia, no debo ocultároslo. De algun tiempo á esta parte se ha aficionado Melchor á la bebida.

DAVIS. Ah desgraciado ! Busca en la embriaguez un refugio contra los negros pensamientos que le asedian.

Teresa. Dice que en aquellos momentos padece menos. Por este motivo, á lo mejor, pasa alguna noche sin venir á casa, ó se retira muy tarde, teniéndome siempre en contínuo sobresalto.

Davis. Por hoy no temais, pues no hace mucho, segun me digisteis, que se fué. Caso de que prolongara su ausencia, seria conveniente ir á buscarle.

Teresa. Así lo haré.

Davis. (*Se acerca disimuladamente á la mesa y deja una moneda.*) Buenas gentes, mis obligaciones me llaman á otra parte. Cuando tenga otro rato de libertad, pasaré á veros.

Cármen. Id con Dios, Mr. Davis.

Teresa. Vuestras visitas nos colman siempre de alegría, tanta cuanta podemos gozar en nuestra situacion.

Davis. Hasta otro dia. (*Se va.*)

Pablo. Es un escelente sugeto.

Cármen. Nunca podremos agradecerle bastante lo que le debemos.

Pablo. Tambien yo tengo algo que hacer, con que, abur!

Teresa. Que Dios os guie.

ESCENA V.

TERESA, CARMEN, despues MOULINART.

Cármen. Es necesario arreglar un poco esos muebles. (*Lo hace.*) ¡Que triste es esta buhardilla, madre!

Teresa. Quiera Dios que podamos permanecer en ella.

Carmen. No temais, pronto encontraré trabajo y con lo que gane podremos satisfacer el alquiler.

Teresa. Si así no sucede, nos echarán á la calle y allí pereceremos de frio. ¡Es tan crudo el invierno!

Cármen. Animaos. Aunque nos echen, no iremos á la calle. Pablo nos ha prometido que si llega este caso, nos recogerá en su habitacion.

Teresa. Pablo es demasiado generoso.

Moulinart. (*Entrando.*) Buenos dias.

Teresa. Ah! buenos dias, Mr. Moulinart.

Moulin. Presumo que no ignorais el motivo que me conduce á vuestra casa.

Teresa. Por desgracia, no señor.

Moulin. Pues bien. Sabed que habeis logrado dar al traste con mi paciencia y que estoy resuelto á no aguardar un dia mas. Si no me satisfaceis las mensualidades de alquiler vencidas, praparaos á desocupar hoy mismo la habitacion.

Teresa. Pero, señor...

Moulin. No hoy otro remedio, ó me pagais ó dormis esta noche en la calle.

Teresa. Mas como quereis que os pague, Mr. Moulinart? ¿Dónde podré proporcionarme el dinero?

Moulin. Esas no son cuentas mias. Sacadlo de donde os dé la gana ó de donde podais. No me incumbe.

Teresa. Vos sabeis que mi pobre marido está inutilizado para el trabajo... que no puede ganar el mas pequeño jornal.

Cármen. (*Acercándose.*) Mr. Moulinart, sed compasivo... aguardad algunos dias mas y quizás podremos pagaros.

Moulin. Ola! quien es esta hermosa niña.

Teresa. Es mi hija.

Moulin. Muy linda es á fé... Pues, me parece haber visto su fisonomía en alguna otra parte. (*Para si.*) Ah! ya recuerda, el Baron me la enseñó en cierta ocasion... Ja! Ja! podré darle noticias.

Teresa. Qué decís, señor?

Moulin. Esta vuestra hija, no se dedica á ningun trabajo?

Teresa. Si, señor, es oficiala costurera, pero hace muchos dias que no encuentra quien quiera ocuparla.

Carmen. No es verdad, Mr. Moulinart, que tendreis la bondad de aguardar aun algunos dias?

Moulin. Ni puedo ni quiero hacerlo. Si diera oidos á vuestras súplicas, nunca seria buena ocasion para el cobro. Así, pues, tenedlo entendido, no aguardo un minuto mas.

Cármen. Ah! vos no sereis tan cruel.

Moulin. Lo seré, si es preciso. Yo he de dar las cuentas corrientes al señor Baron y es justo que los propietarios tengan las fincas para su provecho, no para regalo de los inquilinos.

Teresa. Si no tenemos dinero...

Moulin. Buscarlo, ó á la calle.

Teresa. Burcarlo ! cómo ?

Moulin. Vended la ropa, los muebles.

Cármen. Dónde están los muebles ? No veis cuan desmantelada está la habitacion ?

Teresa. Mientras hemos tenido algo para vender ó empeñar lo hemos hecho para pagaros. Ahora nada nos resta.

Moulin. (*Mirando la mesa. repara en el dinero que ha dejado Davis y lo coge.*) Eh ! Qué es esto ? Decís que no teneis dinero y dejais encima la mesa piezas de cinco francos.

Teresa. Monedas ! (*Admirada.*)

Cármen. (*Recordando.*) Ah ! las habrá dejado Mr. Davis que nunca se va sin dejarnos una limosna.

Moulin. ¿Os llamais pobres y desgraciados recibiendo limosnas de 15 francos ? Decid mas bien que sois unos verdaderos rentistas y que se os viene á las manos el dinero sin que os cueste ningun trabajo.

Teresa. El pan de la caridad es muy amargo !

Moulin. Comprendo que sois unos farsantes, que quereis defraudarme lo que legítimamente me debeis.

Cármen. No creais tal cosa , hasta ignorábamos que este dinero estuviese aquí.

Moulin. Bonito desprendimiento ! Por el pronto confisco la cantidad á cuenta de la deuda. Aun quedais debiendo mucho y me afirmo en mi resolucion.

Cármen. Sois desapiadado !

Moulin. Esta es mi última palabra , ó pagais sin demora ó á la calle. Voy á tomar mis disposiciones, luego volveré.

(*Se va.*)

ESCENA VI.

TERESA y CARMEN.

Teresa. Ah ! que desgraciados somos ! lo hará como lo dice: ese Mr. Moulinart tiene entrañas de tigre.

Cármen. No puedo resolverme á creer que lleve á tal estremo su rigor contra nosotros.

Teresa. Cuando la desgracia se empeña en perseguir á una familia, se ceba cruelmente en ella. Amontónanse las circunstancias mas estrañas y todo se conjura para su ruina.

CARMEN. No debemos desconfiar de la Providencia, madre.

TERESA. Nunca dá la desesperacion buenos consejos, mas nos han sucedido cosas tan raras, que de todo tengo miedo. Mi espíritu se halla abatido y apocado y casi en nada confio.

CÁRMEN. Por si Mr. Moulinart lleva á efecto su amenaza, bueno seria que tomáramos algunas precauciones para no vernos en el caso de pasar la noche en el arroyo.

TERESA. En efecto, en la situacion en que nos hallamos, como encontrar nueva habitacion?

CÁRMEN. Nos seria imposible, porque en todas partes exigen un trimestre adelantado.

TERESA. Nos veremos en la precision de acogernos á la caridad de Pablo. Voy á verle y le hablaré de esto. Aguárdame un momento. (*Se va.*)

ESCENA VII.

CARMEN sola.

Pobre madre! Cuán grandes son sus padecimientos! y yo triste de mi que en nada puedo aliviarla... nada; ni con el mezquino jornal que puede ganar cualquier otra muger. (*Reflexiona.*) Sin embargo, alguna vez me han insinuado mis compañeras que yo tenia en mí un tesoro que me era muy fácil esplotar... Dicen que soy linda. (*Se mira en un pedazo de espejo.*) Es verdad... (*Con coquetería.*) Si me adornase como esas ricas damas que he visto por los boulevarts en sus espléndidas carrozas, podria pasar por bonita. (*Sonriendo con amargura.*) ¡Triste cualidad por cierto la hermosura...! Ah! de que me sirve á mí? (*Pausa.*) En mi situacion, solo da lugar á que me persigan por la calle hombres sin corazon y sin fé, que me hacen oir las mas groseras chanzas y las mas infames proposiciones... Es una verdadera desgracia. Uno en particular que parecia todo un caballero, se empeñó en perseguirme hará cosa de dos meses y al salir del taller me hacia objeto de los mas apasionados elogios... me ofrecia en cambio de m amor, tesoros, riquezas, galas, cuanto puede apetecer una

muger ; pero mi amor no es para él... no, lo que quiere es mi deshonra... ¡Soy muy desgraciada! (*Queda pensativa.*)

ESCENA VIII.

Dicha, MOULINART y el BARON.

MOULIN. (*En la puerta.*) Esa es la niña cuya pista habias perdido.

BARON. Ella es, en efecto.

MOULIN. Por una casualidad la he reconocido.

BARON. Si. La casualidad me favorece hace algun tiempo. Veremos si ha llegado la hora de que se muestre esa niña menos esquiva.

MOULIN. Os recomiendo la prudencia. ¿Quereis que me retire ?

BARON. Por ahora no. Es conveniente empezar por inspirarle confianza, mas cuando veas que sirves de estorbo, despeja.

MOULIN. Sereis obedecido.

CÁRMEN. (*Al oirles.*) Hay gente aquí ?

BARON. Preséntame. (*A Moulinart.*)

MOULIN. Yo soy, que para no dejaros duda sobre la verdad de la resolucion que hace poco os comuniqué, vengo acompañado del señor que es el dueño de la casa y rectificará cuanto os he dicho.

CÁRMEN. Tal vez sea ese caballero mas compasivo que vos y se enternecerá al contemplar nuestra miseria.

BARON. Puede ser. Esplícate.

CARMEN. (*Reconociéndole.*) Ah ! es el caballero que me perseguia al retirarme del taller.

BARON. Me ha reconocido. (*Ap.*)

MOULIN. Que dices, chiquilla.

CARMEN. Nada, señor. (*Ap.*) Disimulemos.

BARON. Habla sin miedo.

CARMEN. Figuraos, señor, que hemos llegado al último estremo de la desgracia, que no son pocos los dias que no sabemos de que alimentarnos, porque Padre está inutilizado para el trabajo y Madre es vieja y delicada de salud.

BARON. Continua.

Carmen. Yo por mi parte trabajo lo que puedo y destinaba todo lo que ganaba á pagaros el alquiler. Pero por desgracia no es fácil encontrar siempre ocupacion y hace mas de dos meses que no la tengo. Por estos motivos no estamos al corriente del pago, que á no ser así os juro que no sucederia lo que hoy sucede. Confio en que vos sereis caritativo y aguardareis aun algunos dias, pasados los cuales espero poder pagar lo que os debemos.

Baron. Dices que vuestros atrasos son debidos á tu falta de trabajo.

Carmen. Así es en verdad.

Moulin. No lo creais, son escusas.

Baron. Calla. *(A Cármen.)* Así pues debes de estar dispuesta á trabajar si álguien te ofrece ocupacion?

Carmen. En efecto. Oh! si supierais cuantas diligencias he practicado para conseguirlo, sin ningun resultado. Hoy sin embargo, me han dado una esperanza, pues me han dicho que me recomendarian al mayordomo de la condesa de Senlis, cuya hija va á casarse y que por esto necesita muchas oficialas para concluir los vestidos de boda.

Baron. Tal vez yo podria proporcionarte este trabajo que tanto deseas.

Carmen. Vos?

Baron. Por qué no? Mi ama de llaves me indicó hace algunos dias que le serviria de mucho una oficiala como tú y si te conviene la plaza...

Carmen. No sé si aceptar.

Moulin. Pides trabajo y te lo ofrecen. ¿Por qué vacilas?

Baron. En efecto, no veo que motivos tengas para dudar.....

Carmen. Pero, deberé ir á trabajar á vuestra casa?

Baron. Sin duda. No solo irás á trabajar á mi casa, sino que vivirás en ella con lo cual podrá ser mayor tu salario.

Carmen. *(Con reserva.)* Será preciso que yo viva en vuestra casa, que es la de un hombre soltero?

Baron. Del todo preciso; pero eso qué importa? No acostumbro á entrar en el departamento de las mugeres de mi servicio, como no me inviten á ello.

Cármen. Me es imposible aceptar lo que me proponeis.

Baron. ¿Cómo?

Moulin. ¿Qué dices?

Baron. (*Bajo á Cármen*). No me has reconocido.

Cármen. Si, señor Baron.

Baron. Pues bien, mi amor hacia tí es tan fuerte como la última vez que te encontré en la calle. Mis promesas de entonces, no eran vanas palabrerías.

Moulin. El onceno, no estorbar. (*Se retira*).

Baron. Estoy en posicion de hacer tu felicidad, si accedes á mis deseos.

Carmen. Sr. Baron, otras hay mas dignas que yo de que les tributeis vuestros obsequios, las cuales tambien accederán con mayor facilidad á vuestras pretensiones.

Baron. Ten en cuenta que te amo cuanto amarse puede y que estoy dispuesto á hacer cualquier sacrificio para obtener tu amor.

Cármen. Es en vano. Ni puedo, ni quiero ser vuestra querida.

Baron. Yo te arrancaria de la miseria, te daria ricos trajes, espléndidas habitaciones. Tendrias á tu servicio lacayos y doncellas, serias en fin, una gran señora, con tal de que te mostrases condescendiente conmigo y quisieses corresponder á mi pasion.

Carmen. Es imposible. Nada conseguireis de mí.

Baron. Es esta tu última palabra?

Cármen. Si, señor Baron.

Baron. ¡Que humillacion! (*Ap.*)

Moulin. (*Acercándose al Baron.*) Tengo un escelente medio para poner en vuestro poder á esa niña.

Baron. ¿De veras?

Moulin. Si, infalible.

Baron. Esplícate.

Moulin. Luego: Por ahora despidámonos y mostrad que no consentís en darles plazo alguno para el pago de los alquileres.

Baron. (*Ap.*) El despecho me ahoga y ansío venganza. (*Alto.*) Niña.

Carmen. ¿Qué mandais?

Baron. Tus escusas no me han satisfecho y quedo convencido que tu padre es un mal pagador.

Carmen. ¡Ah! no lo creais señor.

Moulin. Antes bien debemos creer que solo buscais pretextos para no pagar, y es de advertir, señor Baron, que algunos

son del todo inverosímiles, como por ejemplo el que me contó la madre de esta niña, á saber: que hace algun tiempo le robaron un billete de la lotería, premiado con un millon.

Baron. ¿Cómo?

Carmen. Es la verdad.

Baron. *(Ap.)* Que estrañeza. (*Alto.*) ¿Cómo se llama tu padre?

Carmen. Melchor.

Baron. Y su oficio?

Carmen. Cuando podia trabajar, era picapedrero.

Baron. El mismo es. Vámonos de aquí.

Moulin. ¿Qué decís?

Baron. Vámonos al punto.

Carmen. ¿Y el alquiler?

Baron. Entendeos con Moulinart: no quiero ocuparme mas del asunto. (*Se van.*)

ESCENA IX.

CARMEN. Despues TERESA.

Carmen. ¡Es particular! Marcharse sin dar siquiera una respuesta negativa. Y parecia muy azorado, como que tuviese miedo, ¡Ah! La desgracia es que no he podido moverle á compasion y que vamos á encontrarnos en los mismos apuros que antes de su venida.

Teresa. (*Entrando.*) Hasta ahora he estado aguardando á Pablo en su habitacion y no ha vuelto todavía.

Carmen. Madre: ha venido el propietario de la casa con Monsieur Moulinart.

Teresa. Nos ha concedido espera?

Carmen. No he podido ablandarle.

Teresa. No hay remedio, hija mia, conformémonos con los decretos de la providencia.

Carmen. Aquí está Pablo.

ESCENA X.

Dichas y PABLO y luego TOMÉ.

PABLO. Buenos dias. (*Ap.*) No sé como comunicarles la nueva que les traigo.
TERESA. Buenos dias. ¿Habeis salido á pasear?
PABLO. Si, á pasear... *(Indeciso.)*
CARMEN. Que teneis? os pasa algo?
PABLO. No... pero...
CARMEN. Pero que?
PABLO. He encontrado un conocido.
CARMEN. Quien?
PABLO. Si, un conocido vuestro y me ha dicho...
TERESA. Que os ha dicho?
PABLO. Nada de particular... pero... (*Ap.*) no sé como decirlo para evitarles la sorpresa.
CARMEN. Hablad.
TOMÉ. (*Fuera.*) Se puede entrar?
TERESA. Adelante.
PABLO. (*Ap.*) Mejor... tal vez tendré ocasion.
TOMÉ. (*Entrando.*) La señorita Cármen Noel?
CARMEN. Yo soy.
TOMÉ. De parte de la condesa de Senlís, mi señora, si podeis ir á trabajar á su casa.
CARMEN. (*Con alegría.*) Sin duda alguna; donde vive esta señora?
TOMÉ. Me ha dicho que era preciso que vinieseis al momento, de modo que yo debo acompañaros.
CARMEN. *(Mirando á Teresa.)* Si madre lo quiere.
TERESA. Si, hija mia, vé al momento.
CARMEN. Os sigo pues, adios madre mia, adios Pablo... Guiad.
TOMÉ. Quedad con Dios.
PABLO y TERESA. Buenos dias. (*Se van Tomé y Cármen.*)

ESCENA XI.

PABLO y TERESA.

TERESA. ¡Qué fortuna que Cármen tenga trabajo!

PABLO. Sí lo es ; pero yo tambien tengo una buena noticia que comunicaros.

TERESA. ¿Cual ?

PABLO. He encontrado á Mr. Davis y me ha dicho , que... es decir... que...

TERESA. Acabad.

PABLO. En fin que tal vez podríamos encontrar á Damian.

TERESA. Que decis ? es verdad ? hablad ?

PABLO. Vaya si es verdad, como que se sabe que está empleado por el gobierno en la cobranza de derechos de puertas un Damian Noel qúe tal vez es vuestro hijo.

TERESA. Oh ! sí lo es, sí. Me lo dice el corazon, voy al instante en su busca.

PABLO. Mas donde le encontrareis.

TERESA. No lo sé ; pero daré con él aunque haya de recorrer todas las barreras. Dios me dará fuerzas.

PABLO. Yo os ayudaré en vuestras pesquisas. (*Se van.*) Vamos.

TERESA. ¡ Pobre hijo mio !.. Vamos.

CUADRO SEGUNDO.

Afueras de Paris y á la derecha la entrada de una tienda de vinos con un banco; á la izquierda la barrera, una barraca de los derechos de puertas y un banco en que se sientan los guardas.

ESCENA I.

DAMIAN y un GUARDA.

Damian. Con que, amigo, da mucho que hacer la vigilancia de esta barrera?

Guarda. Bastante, porque si bien no es este lugar muy transitado por los labradores de las cercanías, lo es mucho por ciertas gentes que gustan de defraudar á la Hacienda y esto exige que los que aqui estamos, tengamos ojos de...

Damian. Bueno es saberlo, toda vez que desde hoy me han destinado á este lugar.

Guarda. Dos meses hace que estoy en él y no creais que sea muy descansado.

Damian. Que se ha de hacer? Es mal del oficio que exige que á todas horas estemos sobre aviso y prontos á evitar que nos burlen.

Guarda. Y aun así no siempre se consigue el objeto, porque hay sujetos por demas ladinos que al mas pintado se la pegan.

Damian. Lo peor es que de todo nos hacen responsables, y llueven sobre nosotros las reprensiones de los gefes, como si uno pudiese estar en todo.

Guarda. Oh! los gefes, los gefes... Desde su casa ó desde la oficina creen que todo es muy fácil de hacer; pero aqui, sobre el terreno, se ve la cosa bajo otro aspecto. Yo quisiera verles á ellos en nuestro lugar.

Damian. Tambien yo, y á buen seguro que entonces se convencerian de que no todo son rosas.

GUARDA. (*A un hombre que llega con un fardo.*) Ola ! que traeis aquí.

DAMIAN. Entrad en la casilla. (*Entran.*)

ESCENA II.

EL GUARDA y MELCHOR, despues DAMIAN.

MELCHOR. Buenos dias.

GUARDA. ¿Qué tal, buen viejo? algun tiempo hace que no os vemos por aqui

MELCHOR. ¡Oh! no siempre le es dado á uno hacer su gusto.

GUARDA. ¿Os detenia el trabajo?

MELCHOR. ¡El trabajo! ojalá pudiera dedicarme á él.

GUARDA. ¿Qué os lo impide?

MELCHOR. No me lo pregunteis, el hablar de ello me llena de desesperaeion.

GUARDA. ¡Oiga! ¿acaso vivís de vuestras rentas?

MELCHOR. No; yo no tengo rentas, soy muy pobre, un mendigo, pero ha habido un momento en que hubiera podido tenerlas y no mezquinas, pues, he llegado á poseer un millon.

GUARDA. ¡Ja! ¡Ja! Volveis á vuestras manías. ¡Pobre hombre!

MELCHOR. Es la verdad.

GUARDA. Vamos, no hay necesidad de repetirlo, id en paz á beber vuestro cuartillo, si teneis con qué pagarlo y buen provecho.

MELCHOR. Teneis razon, es lo mejor. (*Resignado se dirige hácia la taberna y saca una moneda del bolsillo.*) ¡Un franco! ¡Una limosna que me ha dado Pablo! ¡Bendito sea! ¿Cuál será el destino de esa moneda? Pan... si, pan para mi muger y para mi hija, yo nada necesito; nada, el dolor me ha hecho insensible. (*Se sienta en el banco.*) Ayer comí unos mendrugos de pan duro que tambien debo á la caridad y á pesar de las horas transcurridas no tengo apetito. ¡Mucho pesar es el mio! Si á lo menos estuviera mi hijo en mi compañía, con este dinero habria bastante para él y para los demás; pero, ¡ay! ¿Dónde estará mi hijo Da-

mian? Se marchó con una mala blusa, medio desnudo y aquel invierno hizo un frio muy cruel. Sin hogar donde albergarse, sin alimento que llevar á la boca, sin ropa con qué cubrir su desnudez; sin duda el hambre y el frio acabaron con él... Si; ¡está muerto! Tal vez en las postreras ansias me maldijo; ¡qué horror! porque yo fuí injusto con él, le hice pagar en un momento de locura culpas que no habia cometido; ¡hijo mio! culpas y pesares en que él no tenia parte alguna, porque era inocente! *(Pausa.)*

DAMIAN. *(Que hace un rato ha salido, á un hombre que pasa con un lio.)* ¡Eh! ¿qué es esto? *(Lo examina.)*

MELCHOR. *(Mira azorado al derredor.)* ¡Esta voz!

DAMIAN. Podeis pasar.

MELCHOR. *(Incorporándose.)* ¡Sí, esta voz! *(Vacilacion, desaliento.)* ¡Ah! ¡quimera! ¡ilusion! á todas horas pienso reconocer la voz ó la figura de mi hijo. ¡Pura ilusion! Mi razon no está entera, mi cabeza es débil y mi corazon se ha destrozado al embate de tan repetidas desgracias. ¡Ojalá pudiese olvidar! La bebida entorpece la memoria y aparta de mi imaginacion las terribles ideas que la tienen embargada. Ya que no es posible desarraigar del todo los funestos pensamientos que me asedian, suspendamos por algunos momentos la facultad de pensar... A beber, á olvidar. *(Llamando con las manos.)* Vino, tabernero, vino. *(Entra en la taberna.)*

ESCENA III.

DAMIAN y GUARDA sentados en el banco.

DAMIAN. ¿Qué le da á aquel buen hombre que vocifera tan destempladamente?

GUARDA. El pobre está casi loco. Le conozco porque viene á esa tienda con mucha frecuencia y acostumbra á salir del todo bebido. Cuando no se halla en tal estado cuenta cosas estupendas.

DAMIAN. Aprovecharé la primera ocasion que se presente para hacerle charlar y esto me servirá de distraccion en esta casucha.

Guarda. Cuando esté de humor hacedle contar su historia... Os hablará de un millon que le robaron y sobre todo al llegar á cierto hijo que se le murió, se pone frenético y acostumbra á dar los gritos que habeis oido.

Damian. ¡Desgraciado!

Guarda. Sí, bebe hasta embriagarse y luego se va, no sé donde, taciturno unas veces, riendo otras á carcajadas.

Damian. Claro. Los vapores del licor hacen su efecto. ¿Sabeis como se llama?

Guarda. Nunca he conseguido saberlo. Por mas que se lo he preguntado no ha querido decírmelo y la gente de por aquí no le conocen.

Damian. Es original.

Guarda. Su muger ha venido á buscarle algunos dias, porque el pobre hasta ha llegado á pasar aqui la noche al sereno; y cuando le encuentra se lo lleva consigo, pues él la sigue como un cordero por muy ébrio que esté. Es este un negocio en que no he llegado á ver claro.

ESCENA IV.

Dichos y PABLO.

Pablo. Pues señor, no he podido seguir á Teresa, tan aprisa caminaba y he resuelto buscar yo solo á Damian; ya he preguntado en otra barrera y nada han sabido decirme, veamos si en esta seré mas afortunado. (*Se acerca á los guardas.*) ¿Tendriais la bondad de decirme si conoceis á un empleado del ramo llamado Damian Noel?

Damian. Mucho que sí, buen viejo.

Pablo. Oh Dios! y sabeis donde podria encontrarle?

Damian. (*Sonriendo.*) No muy lejos de aqui.

Pablo. Cómo? qué? serias tu?.. si él es; le reconozco apesar del tiempo transcurrido.

Damian. Qué quereis decir?

Pablo. Que yo soy, Pablo, vecino de tus padres.

Damian. Si, os reconozco. ¿Qué es de mis padres? hablad.

Pablo. Tus padres siempre piensan en tí. Perdona que te tutee, porque como te conocí tan niño... la costumbre.

Damian. Proseguid.

Pablo. Hablan siempre de tí. Te creyeron muerto durante mucho tiempo y esta idea les ha hecho derramar amargas lágrimas. Hoy sin embargo un caballero muy caritativo y muy bueno que les socorre de vez en cuando, me ha dicho el empleo que obtienes y al saberlo tu madre ha salido desatentada en tu busca, lo mismo que yo, que sin embargo he tenido la dicha de ser el primero en encontrarte.

Damian. Pobres padres ! Cuantos esfuerzos he hecho yo tambien para averiguar su paradero ; pero ellos huyen de mi, se ocultan.

Pablo. Te engañas. El no haberles encontrado tu en la habitacion en que les dejaste, fué porque buscaron en otra parte albergue mas económico y no porque quisieran que tu perdieses sus huellas. Todo lo contrario , no piensan en otra cosa que en su querido hijo Damian.

Damian. Y yo que creia.... ¿ Qué dicen de mí ?

Pablo. Que no supiste hacerte cargo de su situacion ; pero apesar de todo, te quieren como siempre.

Damian. Ah ! perdonadme padres mios. ¿ Y Cármen ?

Pablo. Muy crecida y muy lucida. Pasa el dia trabajando para ayudar un poco á la familia.

Damian. Bendita hermana ! ¿ Dónde viven ?

Pablo. En la calle de la Cannebiere , mas esto no sirve. Voy á buscar á tu madre y dentro de poco tendrás el placer de abrazarla.

Damian. Oh ! qué dicha ! corred no os detengais. *(Se va Pablo.)* Cuan largo se me hace el tiempo, que tardo en arrojarme á sus plantas ; y no puedo marcharme... me detiene aqui el deber. (*Entra en la casilla.*)

ESCENA V.

El GUARDA y MELCHOR.

Guarda. ¡ Pobre amigo mio ! mucho debe sufrir.

Melchor. (*Saliendo de la taberna.)* Bravo ! Viva ! buen vino tiene este maldito tabernero ; buen vino ! ¡ Qué contenta

va á ponerse mi muger cuando vea esta botella! Es un regalo.

GUARDA. Alto! no podeis pasar sin satisfacer los derechos.

MELCHOR. Qué es eso de derechos? Es para mi muger ¿entendeis? para mi muger.

GUARDA. No importa habeis de pagar.

MELCHOR. Nada de pagar... no tengo un cuarto, no quiero pagar, ¿entendeis?

GUARDA. No hay otro remedio que hacerlo.

MELCHOR. Pues yo no quiero, dejadme pasar.

GUARDA. Es imposible. *(Se agrupa gente.)*

UN HOMBRE. Si es tan poca cosa.

GUARDA. Las órdenes son terminantes.

MELCHOR. Si no me dejais pasar de grado, pasaré á la fuerza.

GUARDA. Dejaos de tonterias y entrad en razon.

MELCHOR. La razon es que quiero llevar esta botella de vino á mi muger.

GUARDA. Pagad.

MELCHOR. No puedo, ni quiero.

GUARDA. Pues atrás y sino de comisar la botella. Venga acá.

MELCHOR. Antes que entregarosla, os la arrojaré á la cabeza.

UN HOMBRE. Dejadle pasar.

GUARDA. No quiero.

MELCHOR. Pues antes de permitir que me la quiteis, tomad. *Arroja al suelo la botella, los guardas le sugetan y se arma gran alboroto.)*

ESCENA VI.

Dichos **DAMIAN**, dos gendarmes, luego **MARTA** y **TERESA**.

DAMIAN. Qué es esto?

GUARDA. Ese hombre beodo que se ha empeñado en no pagar los derechos y al ir á decomisarle la botella de vino, la ha arrojado al suelo y...

GENDARME. Basta, basta. Le llevarémos preso. (*Le sugetan.*)

MELCHOR. Ellos tuvieron la culpa.

GENDARME. Pocas palabras.

Pablo. *(Saliendo á Teresa.)* Ese es vuestro hijo.

Teresa. Si, él es, hijo mio !

Damian. Madre mia ! *(Se abrazan.)*

Melchor. Esta voz, Teresa ! Damian ! *(Quiere desasirse pero le detienen.)*

Teresa. Melchor ! esposo.

Melchor. Hijo mio !

Damian. Mi padre ! Por Dios gendarme dejadle en libertad, soltadle, imponedle una multa pero no me lo arrebateis, es mi padre !

Gendarme. Ya es tarde ! *(Se lo llevan.)*

Teresa. Esposo ¡ ah ! *(Se desmaya.)*

Damian. Padre.

Melchor. ¡ A Dios hijo ! vela por tu madre.

ACTO SEGUNDO.

Comedor lujosamente adornado, con grandes ventanas en el fondo que dan al jardin.

ESCENA PRIMERA.

El BARON, SAVENEY, SAINT-MANOIR, SUSANA, y otros nobles y cortesanas sentados á la mesa; lacayos de gran librea sirviendo.

SAVENEY. Señor Baron, brindo á vuestra salud!

S. MANOIR. No merece menos un anfitrion tan espléndido.

BARON. Acepto el brindis y á mi vez proclamo que los ojos de Susana, son los mas bellos ojos de París.

VARIOS. Es verdad, es verdad, brindemos por los ojos de Susana.

SUSANA. Amigos, gracias por el obsequio; pero baron debo advertiros que hace ya algun tiempo que no es vuestra costumbre entusiasmaros por lo que llamais mis bellos ojos.

BARON. Perdonad, hermosa, bien sabeis que siempre os he profesado un especial cariño.

SUSANA. Tampoco podeis ignorar que no soy yo mujer bastante sensible para llorar la pérdida de mis amantes. Además nada tiene esto de particular, pues como voy siendo vieja....

SAVENEY. Vieja vos!

SUSANA. Rayo en los veinte y ocho y con la edad voy haciéndome juiciosa.

TODOS. Ja! ja! ja!

SUSANA. No hay que reirse. Me vuelvo juiciosa y os lo voy á probar. En vez de correr como en mis verdes años, por

los teatros, bailes, y carreras, del brazo de un galan ó en el coche de un caballero, he resuelto proclamarme independiente.

S. Manoir. Viva la libertad!

Saveney. Estos son principios deletéreos y socialistas.

Susana. Son los mios. Tengo seis mil francos de renta, carezco de obligaciones y familia. ¿Porque sujetarme á nadie? ¿Porque abdicar el derecho de hacer lo que se me antoje?

Saveney. El que tenga la dicha de agradaros será vuestro esclavo y se gozará en obedeceros ciegamente.

Susana. Pura bambolla! Los hombres quieren mandar siempre.

Baron. No creo que andeis desacertada. Mas no habeis renunciado tanto al mundo que no acepteis las invitaciones de los antiguos amigos.

Susana. Eso no. Ni desairo al que me invita, ni me niego al que reclama mi favor.

Baron. Testigo soy yo.

Saveney. Como, como?

S. Manoir. Hay secretos entre los dos? no puede ser.

Baron. Ya los sabreis á su tiempo.

Varios. Que se digan al momento.

Otros. Que se espliquen. (*Bullicio.*)

ESCENA II.

Dichos y ENRIQUE DAVIS.

Davis. (*Entrando.*) Parece señores que hay diversion y jolgorio.

Baron. (*Levantándose.*) Gracias á Dios, Mr. Davis, que os vemos, ya desesperaba de que nos favoreceriais con vuestra presencia.

Davis. Que quereis, no siempre puedo disponer de mi persona.

Baron. Sentaos y acompañadnos.

Davis. Con sumo gusto, y perdonad si he tardado. ¿De que se trata?

Saveney. Se trata de cierto favor que Susana ha prestado al Baron de Chateauvieux y la reunion desea saber cuál es.

Davis. Y es muy justo, el señor Baron no debe tener secretos para nosotros.

Baron. Voy á complaceros, sabeis que soy aficionado á amores fáciles; mas como buen cazador cuando he echado el ojo á una pieza, no desisto de la persecucion, aunque se encuentren obstáculos. Estos siempre avivan el deseo.

S. Manoir. Es verdad.

Baron. Pues sucede que encontré en la calle una perla, una diosa en beldad y en hermosura.

Davis. Oiga!

Baron. Sí, la griseta más bella que se puede imaginar.

Saveney. Una griseta! (*Con desprecio.*)

Baron. Es decir una costurera, que segun me he informado se llama Cármen.

Davis. Cármen! que nueva infamia! (*Ap.*)

Saveney. Ah! ya comprendo, este lance lo habeis contado otras veces.

Baron. Pero queda algo que añadir.

S. Manoir. Sé que no erais afortunado con ella, que todo vuestro arte de seduccion se ha estrellado en la virtud indomable de esta nueva Lucrecia.

Baron. Así era en efecto, pero las cosas han cambiado.

Saveney. Se ha humanizado?

S. Manoir. Ha cedido?

Baron. No, pero está en mi casa.

Todos. En vuestra casa!...

Davis. Imposible!

Baron. Es cierto. Hube de valerme del ardid de mandarla á buscar por uno de mis lacayos, que supuso serlo de cierta Condesa que la protegia y que como podeis suponer la trajo aqui.

Varios. Que ingenio el vuestro, Baron.

Davis. Que negra traicion! (*Ap.*)

Susana. Aqui entro yo, que á ruegos de Cárlos me he encargado de domesticarla.

Saveney. Qué habeis conseguido?

Susana. Poco y mucho. He logrado que dejára sus vestidos ordinarios y se pusiese otros mas señoriales que hacen resaltar su hermosura, para lo cual ha bastado que empleando en parte la astucia y en parte la fuerza, le quitára

yo los antiguos, pues ella por honestidad ha cubierto su desnudez con los nuevos.

Varios. Bravo! Bravo!

Davis. Este era el favor.

Baron. Este mismo. Susana es muy complaciente.

Susana. Aun he hecho mas. La simpática Cármen ha permitido seros presentada y vais á gozar pronto de este honor.

Davis. Cómo ha sido esto?

Susana. Es nuestro secreto, verdad Baron?

Baron. Ciertamente! Señores, si gustais podemos abandonar la mesa y recibir en pié á nuestra heroina.

Saveney. Convenido. (*Todos se levantan.*)

Susana. Con vuestro permiso voy á buscarla. (*Sale.*)

Baron. Id.

Davis. (*Ap.*) No se concibe tanta depravacion y por desgracia es muy frecuente en esta raza degenerada. El hombre que no debe al propio trabajo su fortuna, suele carecer de toda idea de virtud. Ah! yo procuraré frustar tan infames maquinaciones.

ESCENA III.

Dichos y SUSANA que trae de la mano á CARMEN, la cual llora.

Cármen. (*A Susana.*) Señora, compasion, no me abandoneis.

Susana. No temas. Tengo el honor de presentaros.

Saveney. Qué hermosa!

Manoir. Es divina!

Varios. Preciosísima!

Baron. Esos caballeros no ignoran...

Cármen. Justo Dios! mi perseguidor. ¿Qué haceis aquí hombre infame?

Baron. Linda pregunta, estoy en mi casa, (*bajo,*) y tu en la mia y en mi poder.

Cármen. En vuestra casa, horror! Dejadme señora, soltad. (*Desasiéndose de Susana.*) Socorro! Quien me protege.

Todos. Ja! Ja!

Cármen. (*Reparando en Davis.*) Ah! vos me protegereis (*Se arrodilla á sus piés.*)

DAVIS. (*Bajo.*) Callad desventurada, aparentad no conocerme ó todo se ha perdido.

CÁRMEN. ¡Piedad! (*Sollozando.*)

DAVIS. (*Alto.*) Pobre paloma que se ampara del gabilan. ¿Quereis señor Baron que la coloque bajo mi proteccion y la lleve conmigo?

BARON. Ja! Ja! Ladino sois; mas no accedo.

DAVIS. Deberias cederme esta conquista, pues que quiere enaxionárseme.

BARON. Lo siento, mas tengo empeño en vencer esta virtud.

DAVIS. Como querais. (*Bajo á Cármen.*) Confiad en la Providencia, yo os salvaré. (*Tomé habla por lo bajo al Baron.*)

BARON. Señores, va á empezar el concierto, os invtio á disfrutar de las sublimes melodías de Bellini y Meyerbeer.

TODOS. Vamos allá.

CÁRMEN. No me dejeis sola. (*A Davis.*)

DAVIS. Es preciso, pero no temais, que estaré alerta y encontraré medio de evitar cualquier desgracia.

BARON. Pronto me reuniré con vosotros, pues he de decir algunas ternezas á esta inesperta niña.

SAVENEY. Buena fortuna, Baron.

SUSANA. Me necesitais?

BARON. Gracias; en estos negocios cuanto mas solos, mejor. (*Se van todos.*)

ESCENA IV.

CARMEN y el BARON.

(*Cármen continua arrodillada y sollozando y cubriéndose la cara con las manos.*)

BARON. (*Para sí.*) Es particular el interés que me inspira esta rapazuela. Ni concibo como mi corazon gastado ha de alimentar tan viva llama por la infeliz hija de un artesano. (*Adelantándose y tocando en el hombro de Cármen, le dice con acento cariñoso.*) Hija mia!

CÁRMEN. (*Sobresaltada.*) Qué quereis? (*Con horror.*) Ah! sois vos?

Baron. Si, yo soy. ¿Qué daño he podido hacerte, blanca gacela, para que me mires con tal horror!

Cármen. Osais preguntármelo? Porqué estoy aquí? Porqué me habeis arrebatado del hogar paterno? Mi inocencia, mi felicidad, mi honra, ¿dónde están? Vos, vos las habeis destruido y mancillado.

Baron. Estás delirando.

Carmen. No deliro, no. Mis padres, mis compañeras, todo el mundo sabrá que he puesto los piés en vuestra casa, que me he rozado con vos y que he vestido un trage que no es el mio. Sí, todo esto sabrán, y mi padre me maldecirá, mi madre me llorará como si ya hubiese muerto, todos me señalarán con el dedo... (*Sollozando.*) Ah, Dios mio, que culpas he cometido que merecen tal castigo!

Baron. Sosiégate, hija mia. Todo lo que estás diciendo, solo en tu imaginacion existe. Yo puedo devolverte á tus padres, esplicarles como has estado contra tu voluntad en mi casa y patentizarles tu inocencia. De esta suerte en vez de aborrecerte y maldecirte, se vanagloriarán de tu virtud y firmeza y te amarán mas si es posible.

Carmen. (*Con resolucion.*) Vos no hareis esto.

Baron. Lo haré y mas. Conozco vuestra precaria situacion, vuestros apuros y sé que con un sacrificio para mi insignificante, con algunos luises, es fácil haceros gozar mejores dias. Luego yo os protegeria, pondria á tu padre en el caso de procurarse á poca costa el sustento, y dias de paz y de ventura sucederian á los tan largos de angustia que habeis debido contar.

Carmen. Ah! si tal haceis, nuestra adhesion, nuestro agradecimiento, no conocerá límites. Os miraremos como nuestro ángel tutelar y á todas horas llamaremos sobre vuestra cabeza la bendicion del cielo. (*Poniéndose sobre sí.*) Mas .. ¿Qué exigireis en cambio de vuestros favores?

Baron. Tu lo has dicho; vuestra adhesion; vuestro agradecimiento.

Cármen. (*Con espansion.*) Os juro que será eterno.

Baron. Ya ves, pues, como no es difícil entendernos. Un favor pide un favor. El agradecimiento prometido te será reclamado, pues, á mi me basta con el tuyo.

Cármen. Qué quereis decir? (*vacilando:*) no entiendo...

Baron. Que es muy justo que mis servicios sean recompensados, y que á tu arbitrio está pagarlos mejor de lo que merecen.

Cármen. Cómo?

Baron. Ámame. (*Cogiéndole la mano.*)

Cármen. Apartad. (*Rechazándole.*)

Baron. Pues? y la gratitud? y el pago de mi proteccion? Cármen, no seas niña. Dame tu amor.

Cármen. Jamás! Jamás! Dios mio, dadme fuerzas.

Baron. No olvides, Cármen, que estás en mi poder y que puedo arrancarte por la fuerza, lo que te pido de grado. Esto es generosidad.

Carmen. Vos generoso! Vos fuerte! Bien sabeis que aunque estoy en vuestra casa nada podeis contra mi. Dios y mi virtud me darán brios de sobra para resistiros y venceros.

Baron. Eso no. (*Colérico.*) Pues que me desafiais, me valdré de los medios que las circunstancias me proporcionan. Vas á ser mia. (*La persigue.*)

Carmen. Nunca! nunca! Socorro! favor!

Baron. Los gritos son inútiles, vas á ser mia. (*No viendo Cármen medio de salvacion, abre una de las ventanas del fondo para arrojarse por ella. El Baron se detiene aterrado.*)

Carmen. Parad, caballero, deteneos, ó habreis de hacer recoger mi cadáver informe de la arena del jardin.

Baron. Ah! Que vas hacer.

Carmen. ¡Oh! Vírgen... Madre! perdona el suicidio de quien aprecia en mas que la vida, la honra.

Baron. Por piedad, detente, yo te amo.

Carmen. Quiero salir de esta casa.

Baron. Te juro que saldrás de ella tan pura como has entrado. Pero aparta del peligro, te lo pido de rodillas.

Carmen. Quiero creer que una vez á lo menos sereis hombre de honor. Mas, no me fio del todo, y este cuchillo me responderá del cumplimiento de vuestra palabra.
(*Mientras dice esto, baja lentamente y se acerca á la mesa; pero el Baron se precipita sobre ella y le arranca el cuchillo. Cármen lanza un grito desgarrador.*)

Baron. (*Al cogerla.*) No será.

Carmen. Ah! fementido, rompeis vuestro juramento.

Baron. No; pero soy el mas fuerte y quiero imponer condi-

ciones. (*Ap.*) Salvemos mi reputacion de seductor... Escucha, antes de que amanezca serás conducida á tu casa sin que hayas sido objeto del menor insulto. Mas antes debes asistir al concierto, cual si lo hicieras voluntariamente.

Carmen. Nunca ! Yo participar de vuestras escandalosas orgías ! jamás lo conseguireis.

Baron. Estáme atenta. Si tienes conmigo esta ligera é inocente complacencia, volverás á tu casa libre y honrada. Si te niegas, estás perdida.

Carmen. No importa. *(Con resolucion.)*

Baron. Tal vez te cueste la vida tu resistencia y tambien verás á tu padre pudrirse en un calabozo.

Carmen. (*Con espanto.*) Que... mi padre ?

Baron. Dentro de poco le haré meter en una cárcel como deudor insolvente, si no accedes á mis deseos. Hé aquí el auto de captura contra Melchor Noel. (*Toca la campanilla y sale Tomé.)*

Carmen. Infame ! Dios mio dadme fuerzas.

Baron. Reflexionalo bien ó asistes al concierto ó va tu padre á la cárcel.

Carmen. (*Con desesperacion estrema.)* Dios mio !

Baron. Tomé ! (*Llamando.*)

Tomé. Señor Baron !....

Cármen. (*Sollozando y con esfuerzo.*) Vamos al salon. (*El Baron coge la mano de Cármen y la conduce con ademan triunfante.*)

Baron. Vencí ! El tiempo hará lo demas.

Cármen. Perdonadme, vírgen pura. (*Se van.*)

ESCENA V.

MELCHOR salta por la ventana que ha quedado abierta , y se adelanta con paso vacilante.

Melchor. Me ha parecido oir la voz de mi hija... Tal vez será ilusion... Sin embargo es preciso indagar, saber... Dios mio !... Cuantas angustias. En cambio del placer de haber encontrado á mi hijo , pierdo tal vez para siempre á Cármen, mi consuelo y alegría... Con ella todos los males se

me hacian llevaderos. Ahora soy preso de la mas sombría desesperacion... Hija mia, hija mia, donde estás? Ah! mi razon se turba!... Que hago? Donde estoy? Porque me encuentro en esta sala tan ricamente adornada? Ah! lo recuerdo. He saltado por aquella ventana al oir un grito de la hija de mi alma. Si, aqui debe estar sin duda. ¿A quien pertenece esta suntuosa morada? Tal vez hay el nombre del dueño grabado en la vagilla de plata que cubre esta mesa. Veámoslo. Si... *(Lee.)* Cárlos Dupín, Baron de Chateauvieux... oh! el infame, el ladron! sí... sí .. aqui está mi hija, el vil me la arrebata. Oh! no lo conseguirá. (*Se dirige hácia la puerta que comunica con el salon del concierto.)*

ESCENA VI.

Dichos y el BARON, SAVENEY y SAINT MANOIR que salen riendo y le cortan el paso. Melchor retrocede.

SAVENEY. Es muy chistoso!

S. MANOIR. Sois el Baron de mas ingenio que he conocido Chateauvieux!

BARON. Es la ciencia infusa de la seduccion y de la fortuna. Mas que veo? Quien es este?

MELCHOR. *(Turbado.)* Señor Baron...

BARON. Me conoce ¿Qué buscais aquí?

SAVENEY. ¿Quién será este patan?

S. MANOIR. Un ladron sin duda.

MELCHOR. No soy un ladron... no... Soy un padre desgraciado que busca á su hija á quien han robado indignamente.

SAVENEY. Estais loco!

MELCHOR. Loco, sí, de furor.

BARON. Ya le reconozco. Es, amigos, un mendigo, que habita en una de mis casas, y que sin duda ha perdido la razon. Tengo contra él un auto de captura de que no he querido usar y viene sin duda á rogarme le perdone los alquileres.

S. MANOIR. Sois demasiado generoso.

MELCHOR. Muy generoso... Despues de haberme arrebatado la fortuna, sumiéndome en la miseria. ¿Queréis aun privarme del único bien que poseo?

Baron. Bien veis que delira. ¿Qué puede haber de comun entre él y yo?

Melchor. Lo que hay entre la víctima y el verdugo, infame.

Saveney. Os insulta?

Manoir. Mandadle echar por los lacayos.

Baron. Le desprecio y así lo haré.

Melchor. Miserable! devuélveme á mi hija Cármen.

Saveney. Cármen! es el padre de la paloma que ha caido en vuestros lazos.

Melchor. Sí; ella es mi hija, mi tesoro, mi único bien! Devolvédmela por piedad señores, mis buenos señores, tened compasion de mi desgracia. Mirad, de rodillas os lo pido. (*Se arrodilla.*) No me priveis de este apoyo en mi vejez.

Baron. Representa bien la comedia!

Melchor. Ah! señor Baron, no seais tan desalmado, bien sabeis cuanto me ha perseguido mi mala estrella, y en medio de mis grandes infortunios, ella calmaba mis acerbos pesares y me creia con ella menos desgraciado.

Manoir. Esto hace llorar de risa.

Baron. Miradle ahora cuan humilde!

Melchor. Sí, señor Baron, sí, muy humilde. Perdonadme todo lo que haya hecho ó dicho contra vos, yo me olvidaré de que á vos debo mi desgracia, pero devolvedme á Cármen.

Baron. Vive Dios! viejo estúpido, que con tus homilias y súplicas acabas mi paciencia. Vete, vete y no abuses mas de mi consideracion. Mañana estarás en la cárcel.

Melchor. (*Levantándose.*) Pero antes tomaré venganza de tus injurias.

Saveney. Ja! ja! ya le entra el furor.

Melchor. Ah! mezquinos pisaverdes! hombres sin honor, sin corazon. Quién será capaz de excitar vuestros sentimientos si no os conmueven las lágrimas de un padre?

Baron. Esta escena debe concluir. (*Llama.*)

Saveney. Si, si.

Melchor. Devolvedme á mi hija! Quiero á mi hija!

ESCENA VII.

(Tomé y dos ó tres lacayos sujetan á Melchor á una órden del Baron.)

Baron. Asegurad á este hombre.
Melchor. Miserable, infame!
Tomé. Aunque viejo, se resiste.
Baron. Mañana le pondreis á disposicion del Comisario, es un ladron.
Melchor. Tú lo eres de honras, villano, dejadme, dejadme salvar á mi hija.
Baron. Ponedle una mordaza.
Melchor. Cobardes, ¡tantos contra uno, socorro!
Tomé. (*Poniéndosela.*) Aprieta! fuerte! no chillará mas.
Baron. Muy bien! Custodiadle en esa pieza vecina.

ESCENA VIII.

Dichos menos MELCHOR y TOMÉ.—DAVIS entra.

Davis. ¡Que ruido es este señores!
Saveney. Un lance curioso, escuchad. (*Hablan bajo.*)
Baron. Me ocurre una buena idea Tomé busca al procurador Moulinart y dile que le aguardo en esta pieza.
Tomé. Voy volando.
Davis. (*A Saveney.*) Es posible?
S. Manoir. Vaya si lo es, nosotros lo hemos presenciado.
Davis. (*Ap.*) Ese hombre es un mónstruo. Que nueva infamia va á tratar con Moulinart? Procuraré estar alerta y ver si sorprendo sus secretos.

ESCENA IX.

Dichos y MOULINART entrando.

Moulin. Estoy á vuestras órdenes señor Baron.
Saveney. Volvamos al concierto.
S. Manoir. Sí, dejemos á Chateauvieux conferenciar con su secretario. Venís Davis?
Davis. Os sigo. (*Ap.*) Yo sabré de que tratais. (*Se van.*)

ESCENA X.

El BARON y MOULINART.

Moulin. Qué teneis que mandarme.

Baron. Me indicaste ayer que no era muy satisfactorio el estado de mis negocios ?

Moulin. Por sensible que sea, debo confesaros que estais completamente arruidado. Habeis contraido deudas enormes que alcanzan á mucho mas de vuestros bienes. Vuestras fincas están hipotecadas por sumas dobles y triples de su valor y no se encuentra ya quien quiera prestaros un solo maravedí. Además...

Baron. Qué mas ?

Moulin. Mañana vence un crédito de diez mil francos que es imposible pagar. El acreedor procederá contra vuestros bienes y se descubrirá el estelionato , con lo que tal vez seais reducido á prision.

Baron. Pues yo sé un modo de evitar este conflicto.

Moulin. Esplicaos.

Baron. Crees que si tuviéramos algun plazo podrian arbitrarse recursos ?

Moulin. Mucho lo dudo.

Baron. No importa tengo un proyecto.

Moulin. Cuál ?

Baron. Si el aposento de la caja fuera presa de un incendio podríamos suponer que se han perdido enormes sumas, aunque en realidad no las tengo.

Moulin. En efecto, todos os creen rico.

Baron. Con esto obtendríamos un plazo.

Moulin. Es seguro. Mas, quien prende fuego !

Baron. Yo.

Moulin. Y la responsabilidad... Como se esplica el siniestro?

Baron. Melchor está manietado en este aposento.

Moulin. Cómo lo habeis cogido ?

Baron. Saltó por la ventana y...

Moulin. Que rayo de luz ! ¿ Cómo aprovechais el plazo ?

Baron. Realizo todos mis muebles...

MOULIN. Y me traspasais vuestras fincas.
BARON. Si... desde hoy no eres mi procurador.
MOULIN. Bravo ! manos á la obra.
BARON. Y despues, antes de un mes á Inglaterra.
MOULIN. Yo me encargo de Melchor.

(*El Baron coje una vela y se va.*)

ESCENA XI.

MOULINART y TOMÉ,

MOULIN. (*Llama.*) Melchor está solo ó con guardas?
TOMÉ. Completamente solo.
MOULIN. Bien, corre á desatarle y baja al momento á las caballerizas
TOMÉ. ¡Que le desate !
MOULIN. Obedece y no digas nunca que me has visto y hablado en este momento.
TOMÉ. Seré mudo.
MOULIN. Serás recompensado. (*Tomé se vá*)

ESCENA XII.

MOULINART y el BARON.

BARON. Ya está hecho.
MOULIN. Vamos á asegurar la prueba de la coartada.
BARON. Sí, que nos vean en el salon cuando se declare el fuego.

ESCENA XIII.

MELCHOR.

MELCHOR. Estoy libre... ignoro á quien debo este favor... Ah! voy á libertar á mi hija y á vengarme del seductor.

(*Se dirige hácia el concierto pero le detiene Davis.*)

ESCENA XIV.

Dicho y DAVIS.

DAVIS. Deteneos, desgraciado, huid ó vais ser preso por incendiario.

MELCHOR. No os conozco; quiero á mi hija!

DAVIS. ¡Ah! es imposible salvarle.

VOCES DENTRO. Fuego! fuego! (*Se ve el resplandor en el jardin.*)

ESCENA XV.

Salen SUSANA. SAVENEY, S. MANOIR, TOMÉ, convidados y lacayos en tropel.

SAVENEY. No alarmarse; el fuego es en la otra ala del palacio.

SUSANA. Huyamos ó somos perdidos.

SAVENEY. No; aquí estamos seguros.

TOMÉ. (*Cogiendo á Melchor.*) Este es el incendiario.

VARIOS. Cómo? cómo?

TOMÉ. Es un ladron que habia entrado por la ventana y le habíamos asegurado, pero habrá logrado desatarse y ha pegado fuego á la casa.

SAVENEY Y S. MANOIR. En efecto, él es!

BARON. (*Entrando con Cármen*) No te asustes niña.

MELCHOR. Mentís todos; yo soy inocente.

CÁRMEN. Padre! (*Le abraza.*)

MELCHOR. Hija!... mas que veo? (*La rechaza.*) ¡Tú con esas galas!

VARIOS. Su hija!

MELCHOR. No te conozco, mi hija era una vírgen inocente y pura, una muger honrada y honesta... tu no eres mas que una vil cortesana.

CÁRMEN. Padre! Perdon!...

MELCHOR. Qué has hecho de mi honor?

BARON. (*Al comisario que entra.*) Aquel es el culpable.

COMISA. (*Poniéndole la mano encima.*) En nombre del Rey sois

preso. (*A los lacayos.*) Atadle, en el cadalso pagará su crímen.

Todos. Bien hecho.

Melchor. (*Con desaliento.*) ¡Ojalá me hubieses dado la muerte ayer que ignoraria mi deshonra!

Carmen. ¡Padre, por piedad, soy inocente!

Melchor. Mientes! (*Con fuerza.*) Hija ingrata, hija desnaturalizada. ¡Maldita seas!

Cármen. Ah!

Melchor. Señor Baron: os dejo vuestra querida.

Comisa. Llevadle.

ACTO TERCERO.

Gabinete de la casa del Baron en que este tiene encerrada á Cármen. A la derecha puerta que comunica con las demas habitaciones, á la izquierda puerta dormitorio y ventana con reja que da al jardin.

PRIMER CUADRO.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA y CARMEN.

SUSANA. En verdad no concibo de que os quejais. Que mas podeis desear? Teneis una habitacion digna de una princesa, criados dispuestos á serviros, un baron que os adora y mi amistad. Por cierto que sois descontentadiza cuando todo esto no os satisface.

CARMEN. Ah! Señora de cuanto habeis enumerado solo vuestra amistad me es un tanto grata. Todo lo demas solo me sirve de pena. Prefiero á las estudiadas atenciones de que aqui me rodean las privaciones y miseria de la casa paterna. Alli al menos gozaba del amor y de la estimacion de mis padres, y esto bastaba á mi corazon. La honrada pobreza en que antes vivia era un cielo comparado con mi estado presente.

SUSANA. No os desconsoleis.

CÁRMEN. Yo era inocente y pura, todos me querian por mi honor, ahora hasta este he perdido, porque es imposible que nadie crea que sin mi voluntad he permanecido aqui tantos dias.

Susana. ¿Pues si el mundo os desprecia, si vuestros padres os creen culpable, que mas os queda que perder?

Cármen. Me queda la conciencia íntima de mi voluntad, el aprecio de mi misma y el convencimiento de que un Dios justo pondrá en relieve mi inocencia y castigará á ese hombre malvado.

Susana. Sea como quereis ; mas yo en vuestro lugar me portaria de otro modo.

Carmen. Nunca transigiré sobre ese punto. No, jamás. Cuando despues del incendio del palacio fuí trasladada presa de mortal desmayo á este lugar, y disperté en él, mi primer impulso, fué buscar la muerte...

Susana. ¡Pobre niña!

Carmen. Maldecida por mi padre que me cree cómplice del Baron, no podia continuar viviendo. Las precauciones que ha tomado el Baron, mandando poner rejas en las ventanas y no dándome cuchillos en la comida, han impedido que llevase á cabo tan culpable proyecto.

Susana. Para evitar que os dañarais se han tomado estas precauciones. Esta es una prueba de que el Baron os aprecia.

Cármen. Lo que esto prueba es que ahora quiere conseguir con el tiempo y los alhagos, lo que no pudo hacer de repente y por la fuerza. Mas ya ha cesado ahora la desesperacion rabiosa de que fuí víctima en un principio. A ella ha sucedido una completa confianza en la Providencia. Dios me dará fuerzas para resistir.

Susana. Siempre es bueno tener esta confianza, pero algo debemos poner por nuestra parte. Yo le he indicado algunas veces al Sr. Baron, qúe desistiera de perseguiros y sin embargo se muestra tenazmente empeñado.

Cármen. No importa, yo seré mas fuerte que él. Ya veis que estoy resignada y que solo me arranca lágrimas el recuerdo de mis padres. ¡ Pobres padres ! que habrá sido de vosotros !

Susana. Os compadezco de veras.

Cármen. Con vuestro permiso voy á rezar un instante.

Susana. Id, id sin cumplidos. Yo os aguardaré mirando estos albums.

Cármen. Hasta luego.

Susana. Adios.

ESCENA II.

SUSANA.

Susana. Cada dia veo mas difícil que el Baron se salga con la suya. La niña es firme como una roca y no cederá. Yo por otra parte me voy cansando del papel sentimental que represento. Verdad es que el Baron me paga bien ; pero me fatiga mucho y será preciso que esto concluya de un modo ú otro.

ESCENA III.

Dicha, el BARON y MOULINART.

Baron. A vuestros pies Susana. ¿Cómo está nuestra bella prisionera?

Susana. Resuelta mas que nunca á no acceder á vuestros deseos.

Baron. Que terquedad ! Comprendeis esto, Moulinart.

Moulin. No lo concibo, señor Baron.

Susana. Ni yo tampoco.

Baron. Si no es molestaros Susana , podeis ir á hacerla compañía, pues deseo hablar á solas con Moulinart.

Susana. Con mucho gusto.

ESCENA IV.

El BARON y MOULINART.

Baron. Qué es lo que tienes que decirme ?

Moulin. Que hace un mes justo que tomasteis la sabia resolucion de huir á Inglaterra para cortar de una vez los muchos compromisos en que os habeis metido y que vais diferiendo dia por dia, en grave riesgo de vuestra persona.

Baron. ¿Que te importan á tí los riesgos que corre á mi persona ?

Moulin. Mucho, señor Baron, mucho. Yo he tomado parte co-

mo procurador vuestro en ciertos negocios no muy limpios, y de aqui que me interese vuestra seguridad como la propia.

Baron. Si te has comprometido por mí, no he dejado de gratificarte espléndidamente.

Moulin. Es cierto. La sola venta de las fincas que me cedisteis, me ha hecho poseedor de un bonito capital y esto mismo es un motivo para que no me guste el que me envien á la Isla de Francia.

Baron. Los hombres de negocios sois muy precavidos.

Moulin. Tanto como descuydados los hombres de buen tono.

Baron. Pero á que vienen ahora estos temores?

Moulin. No son infundados. El jurado se ha reunido hoy para fallar la causa del incendio de vuestro palacio.

Baron. Ola! y qué sucede?

Moulin. Nada alarmante. Su sumaria, dirijida contra Melchor, se ha estraviado de camino y nadie puede siquiera sospechar que tuvimos nosotros parte en el accidente.

Baron. Y Melchor será condenado?

Moulin. Es probable, mas puede suceder que al examinar públicamente los testigos se tengan en cuenta ciertas cosas que hasta ahora han pasado desapercibidas.

Baron. Cómo?

Moulin. Tambien es posible que se presente algun testigo con el cual no se contaba.

Baron. Quién puede ser este?

Moulin. En primer lugar Mr. Davis, que de algun tiempo á esta parte parece que es decidido protector del picapedrero y que tal vez quiera jugarnos alguna mala pasada.

Baron No lo creo; y aunque lo haga, no lo temo.

Moulin. En segundo lugar vuestro ayuda de Cámara, Tomé no va por buen camino.

Baron. ¿Qué pretende?

Moulin. Dice que no le habeis renumerado bastante por sus servicios y que si no entrais en un arreglo con él, puede comprometeros.

Baron. Miserable! Todos esos hijos del pueblo son viles y desagradecidos.

Moulin. ¿Qué pensais hacer? es preciso tomar sobre el particular una resolucion que nos ponga al abrigo de su resentimiento.

Baron. No temas. Esos pícaros son audaces de palabra; mas nunca llegan á los hechos. Tienen en realidad la fuerza, mas en nuestra presencia se humillan y tiemblan como las fieras ante la magnética mirada del domador. Haz venir á Tomé. (*Moulinart llama.*) Veamos si osará esponerme sus quejas.

ESCENA V.

Dichos y TOMÉ.

Tome. Qué manda el Señor Baron?

Baron. Tengo entendido que no estás satisfecho de mi conducta contigo?

Tome. Yo, Señor Baron...

Baron. No es verdad Moulinart que ese bribon se queja de mí?

Moulin. En efecto es así.

Baron. Pues yo os digo que si este tunante (*cogiéndole de la oreja,*) se atreve á propasarse de palabra tengo un secreto con el cual le entregaré al comisionario para que le castigue como merece.

Tome. Creo que os guardaréis de hacerlo, pues mas bien vos que yo, habeis de recelar de entrar en relaciones con el comisario.

Baron. Qué dices?

Tome. Que en cualquier ocasion en que se sierren tras mí las puertas de una cárcel por alguna calumnia que vos intenteis, tendré al poco tiempo el honor de que me hagais compañía.

Baron. Deslenguado. (*Con furor.*)

Moulin. No os precipiteis.

Tome. Os he conocido cuando no iban vuestros negocios tan bien como al presente. Señor Baron de Chateauvieux y no ignoro el orígen de vuestra fortuna, ni los misteriosos resortes con que os habeis elevado á tanta altura. Vos teneis un secreto y yo tengo mil. Con el vuestro ni siquiera podeis hacer que me arresten, y yo con los mios puedo daros á escoger todo género de castigos, desde Clichy al Cadalso.

Baron. ¡No puedo ya sufrir tanta insolencia!

Moulin. Esto no pasa de bravatas de mal género.

Tome. Bravatas, eh? preguntad á cualquiera la pena de los ladrones, estafas, seductores, é incendiarios.

Baron. Y qué?

Tome. Que vos sois reo de todos esos delitos.

Baron. Toma! (*Le abofetea.*)

Moulin. Conteneos. (*Le sujeta.*)

Tome. Ah infame! (*Va á acometerle y se detiene*) Prudencia, la venganza está en mi mano y la tomaré cumplida. (*Con aire sumiso.*) Señor Baron.

Baron. (*Con cólera*) Vedle ya domado. Picaro! El dia que vuelvas á proferir semejantes palabras en mi presencia, sabré poner un freno á tu lengua. Por hoy...

Moulin. (*Ap.*) No le echeis de vuestro servicio, le necesitamos.

Baron. Por hoy te perdono, porque creo que estas bebido; mas guárdate que semejante escena se repita. Vete y no salgas sin mi permiso.

Moulin. De eso me encargo yo. (*Ap.*)

Tome. (*Ap.*) Me vengaré. (*Se va.*)

Moulin. Corro á impedir que se escape. (*Se va.*)

ESCENA VI.

El BARON

Baron. Es preciso acabar de una vez. Mi permanencia en Paris es peligrosa. Sin embargo, el amor hácia Cármen me detiene. No concibo como se ha apoderado de mí tan fuerte pasion. Estoy resuelto. Hoy de grado ó por fuerza ha de ser mia. Mañana pensaré en mi salvacion.

ESCENA VII.

Dichos SUSANA y CARMEN.

Susana. (*A Cármen.*) Hasta mañana hija mia.

Cármen. A Dios! señora... (*Reparando en el Baron.*) Vos aquí! (*Va á retirarse pero Susana ha cerrado la puerta.*) Ah! ol-

vidaba que estoy condenada á ver cada dia á este hombre abominable y á escuchar sus odiosas propuestas.

Susana. Baron, os dejo solo con vuestro ídolo y espero que no os hará olvidar que hoy doy un baile en mi casa.

Baron. Estad segura de que no faltaré.

Susana. Hasta la noche.

Baron. A vuestros pies. (*Se va Susana.*)

ESCENA VIII.

BARON y CARMEN.

Baron. (*Festivo.*) Continuais, bella desdeñosa, rechazando mis obsequios?

Cármen. (*Con calma.*) Sabed señor Baron que como me encontrasteis ayer, me encontrareis hoy y me encontrareis siempre. Vuestros obsequios me cansan, lo que llamais vuestro amor hácia mì, me fastidia é indigna.

Baron. Ingrata! Así pagas los desvelos que tengo por tí? Así desprecias la viva pasion que siente mi pecho? Ah! Cármen, cuan desgraciado soy desde el dia que te conocí! A cada momento crece la llama interior que me consume; á todas horas pienso en ti y necesito tu amor para vivir.

Cármen. Yo os aborrezco, os detesto.

Baron. Cuán desgraciado soy! Tu podrias calmar con una palabra mis atroces sufrimientos.

Cármen. Nunca la pronunciaré... Martirizadme, asesinadme... nada conseguireis.

Baron. Ten compasion de mi! Ah! si supieras á cuan triste estado me has reducido! Lo que padecen los condenados es incomparable con mis dolores. Todo me fastidia, todo me cansa. Huyo del placer y del bullicio. Cármen, ámame ó moriré por tu amor.

Cármen. Justo castigo de vuestra iniquidad!

Baron. (*Con pasion, intentando cogerle la mano.*) Yo te adoro tu eres mi felicidad, mi vida!

Cármen. (*Rechazándole.*) Apartad, y dejádme en paz. Vuestra presencia me causa horror. Dejádme.

Baron. (*Despues de estar un rato absorto.*) Tu inconsiderada,

pertinacia va dando frutos sangrientos. Tu eres desgraciada, yo tambien. Tu padre...

CÁRMEN. (*Con ansiedad.*) Ah !

BARON. Tu padre se halla encerrado en el hospital de locos de Bicetre y...

CÁRMEN. Dios mio! Dios mio! (*Llorando.*)

BARON. Y hoy va á ser condenado por el jurado á la última pena.

CARMEN. Ah ! *(Grito de angustia indecible.)* Yo fallezco! (*Se apoya en una silla.)*

BARON. Y tu madre...

CARMEN. (*Rabia concentrada.*) Que mas tienes que decirme, infame nuncio de fatales nuevas.

BARON. Tu madre, espiró en el Hospital.

CÁRMEN. No , no, mentira , mentira ! Eso lo decis para atormentarme, para quebrantar mi enérgica voluntad *(con delirio)* pero yo he de saberlo , he de persuadirme por mi misma. *(Con imperio.)* Dejádme salir.

BARON. No lo lograreis.

CÁRMEN. *(Desesperada.)* Pues saldré aunque haya de derribar las puertas. *(Da gritos.)* Socorro ! socorro ! (*Corre por la escena.)*

BARON. (*Deteniéndola.*) Desiste de tu empeño; aqui nadie podrá socorrerte, nadie podrá llegar á ese pabellon.

ESCENA IX.

Dichos, DAVIS y DAMIAN NOEL.

DAVIS. Ni yo !

DAMIAN. Ni yo !

BARON. Condenacion !

DAMIAN. Hermana mia ! (*Corre á abrazarla.*)

CARMEN. Hermano ! Ah ! no puedo resistir. (*Se desmaya.*)

DAVIS. Si dais un paso, sois muerto. (*Amenazándole con un revólver.*)

BARON. Estoy cogido como un zorro en la trampa.

DAMIAN. Socorro ! Cármen se muere. (*Tomé y Davis corren á socorrerla.*)

Baron. (*Con satisfaccion.*) Sois mios! Me pongo en salvo y vuelvo con mi venganza. (*Huye aprovechando la ocasion, y cierra la puerta.*)

ESCENA X.

DAMIAN, DAVIS y CARMEN.

Damian. Ya vuelve en sí.
Carmen. Ah ! hermano mio, es un sueño!
Damian. No, Cármen, no es un sueño.
Davis. Es preciso abandonar esta casa é ir á salvar á vuestro padre.
Carmen. Mi padre!
Damian. Nada temas.
Davis. Yo le salvaré.
Carmen. Y mi madre? (*Damian mueve la cabeza.*) Ah! era cierto!... (*Se abrazan llorando.*)
Davis. No perdamos tiempo ; salgamos.
Damian. (*Dirigiéndose á la puerta.*) La puerta está cerrada.
Carmen. ¡Dios mio!
Davis. En la ventana hay rejas.
Damian. Probemos de echarla abajo. (*La empujan.*) Es imposible.
Davis. (*Á Cármen.*) No hay otra salida ?
Carmen. No.
Damian. Estamos perdidos! (*Estupor.*)

ESCENA XI.

Dichos. TOMÉ por la puerta secreta.

Tomé. Por aqui Mr. Davis. Ese pasadizo da al jardin y la huida es segura.
Davis. Es Tomé ! vamos.
Carmen. Gracias, Dios mio!

ESCENA. XII.

El BARON entra seguido de lacayos armados en el momento en que se cierra la puerta secreta. Se precipita sobre ella y al encontrarla cerrada esclama lleno de furor.

BARON. Aquí están; aquí... (*Furor.*) Condenacion, se han salvado !!!

CUADRO SEGUNDO.

Cuadra de visitas del Hospital de locos de Bicetre.

ESCENA I.

MELCHOR y el MÉDICO de guardia.

MELCHOR. (*Sentado.*) Hija mia !... pobre hija mia ! Tienes frio? (*Como sosteniendo el diálogo.*) Es imposible que no lo tengas en esa helada boardilla... Si, si lo tienes, abrígate con esta manta. Yo no la necesito , me siento bien , el trabajo me da fuerzas y calor... Trabajo, si, trabajo... (*Imita con sus manos el acto de labrar la piedra.*) Ja ! Ja ! que necia es la gente. Por aqui oigo decir» ¡Pobre Melchor que no tiene manos y no puede trabajar!... ¡Qué necios! Yo cuento una, dos, tres... cien manos , feliz trabajador ! No es verdad caballero que tengo cien manos?

ÉDICO. (*Se ha acercado y le contempla.*) Pobre hombre !

ELCHOR. Mira hija mia , que hermoso palacio he construido en un instante... No todo es piedra , tambien hay sedas y damascos y una hermosa vagilla de plata. ¿De quién será? (*Leyendo.*) Baron de Chateauvieux. (*Despues de reflexionar.*) No conozco este nombre!... Y tu , hija mia ?... mas calla, Cármen, que maja te has puesto, que hermoso vestido ! Ja ! Ja ! que bueno es ir bien vestido y no tener pan. Así hacen muchos. ¿De dónde lo has sacado ? ¿ Lo sabeis vos, caballero ?

DICO. Melchor, os convendria salir al patio á hablar con los compañeros. (*Melchor esta pensativo.*) Melchor !

Melchor. Me llaman! (*Como escuchando de léjos.*)

Medico. Id al patio á respirar el aire de la tarde!

Melchor. (*Ensimismado)* ¿De dónde lo habrá sacado? (*Levantándose.*) Ah! ya lo sé (*muy bajo y cogiendo las manos del médico.*) Juradme que no se lo direis á nadie? ¿Verdad que no lo direis?

Médico. Reportaos.

Melchor. (*Con alguna viveza.*) Estas galas, este lujo son el precio de su deshonra, si, de su deshonra!.. De su deshonra!

Médico. Dejad estas ideas que os fatigan; todo es ilusion, todo es mentira.

Melchor. Mentira? no. Mi hija Cármen es la querida de un noble, de un rico... no me acuerdo como se llama... Que tonta, ha vendido su honor por un vestido bonito! Je! je! ¿comprendeis esta ridiculez, caballero? En tanto sus padres la lloran, ¡pobres padres! son viejos, no pueden trabajar... Ah! si Melchor tuviese cien manos como yo... Yo tambien lloro. Je! Je!

Médico. Estas ideas fijas que siempre le atormentan sin dar lugar á un solo intérvalo lúcido, me hacen desesperar de su curacion. Es necesario que se distraiga.

Melchor. (*Subito*) Vamos á socorrerles?

Medico. Vamos!

Melchor. Dónde están?

Medico. Allí, en el patio.

Melchor. Vamos al patio. (*Se acompaña y le deja en la puerta)*

ESCENA II.

El MEDICO y despues DAVIS, CARMEN y DAMIAN.

Medico. Ah! Mr. Davis.

Davis. Como está el enfermo.

Medico. Malo, muy malo. Durante el mes que le estamos cuidando no se ha esperimentado el menor síntoma de mejora. Habla con tono melancólico de su hija, (*Cármen enjuga sus lágrimas*) de miseria, de nobles y ricos, de deshonra y qué sé yo! Nunca abandona estas ideas. Tiene frecuentes conversaciones con supuestos individuos que se forja en su

imaginacion ; pero nunca un ataque , un arrebato que tal vez determinaria la crisis. El Director desespera de que recobre la razon.

DAVIS. Qué desgracia !

CÁRMEN. Pobre padre!

DAMIAN. ¿No deciais Mr. Davis que una sensacion violenta podria curarle ?

DAVIS. En efecto deseo consultaros sobre este punto.

MEDICO. Es cierto que algunas curaciones se han debido á este medio , pero es muy peligroso. Tan fácil es que vuelvan al enfermo la razon , como que le quiten la vida.

CARMEN Y DAMIAN. Dios mio !

DAVIS. Sin embargo, no creo que pueda apelarse á otro recurso.

MEDICO. Con Melchor se ha hecho todo lo que aconseja la ciencia y la práctica. Solo falta emplear el medio que proponeis, que no deja de ser muy apropiado al caso presente.

DAVIS. Pues será necesario ensayarlo.

CÁRMEN. Si , si , todo por salvarle.

MEDICO. De que emocion quereis hacer uso ?

DAVIS. Pienso presentarle sus hijos para que los reconozca y si esto se logra anunciarle la muerte de su esposa.

MEDICO. Bien ! Tal vez se consiga algo. Con vuestro permiso voy á buscarle y la traeré aquí (*Se vá*)

CARMEN. Ah ! Virgen santa ! todo lo espero de vos !

ESCENA III.

CARMEN, DAMIAN y DAVIS.

DAMIAN. Yo confio que obtendremos buen éxito.

DAVIS. No tengais demasiada confianza, ni confundais el éxito con el deseo.

DAMIAN. Si conseguimos la curacion de mi padre , solo faltará el castigo del perseguidor de mi familia.

DAVIS. Estoy á punto de coger el fruto de mi trabajo de muchos años, y no sé porque desconfio de alcanzarlo. Mucho tiempo hace que sigo la pista al Baron de Chateauvieux , para hacerle purgar sus crímenes; mas aun cuando sepa pormenores de los mismos , no he podido reunir pruebas bastantes , para proceder contra él.

Damian. Lo siento de veras.

Davis. Yo esperaba que Tomé me facilitaria estas pruebas, pero, como sabeis, cayó en poder del Baron al proteger nuestra fuga y no se que se habrá hecho de él.

Cármen. Lo mas importante es que vuelva á la razon nuestro padre, para que pueda gozar á nuestro lado las dulzuras de una vida tranquila. En cuanto al Baron, desde que me veo libre de su odiosa presencia, no abrigo ningun resentimiento contra él.

Davis. Angelical criatura! Esos sentimientos revelan un alma tan cándida como virtuosa. Bien os está á vos no desear la pérdida del Baron, pues que esta ha de ser para vosotros el bienestar; pero mis ideas son distintas y quiero que sea castigado á toda costa.

Cármen. Salvemos á mi padre, lo demás importa poco.

Damian. El abogado defensor me ha dicho que es segura la absolucion.

Davis. Si, amigos mios, el jurado reconocerá hoy la inocencia de Melchor.

Damian. En cuanto al castigo, del culpable confio en la justicia divina.

ESCENA IV.

Dichos MELCHOR y el MEDICO.

Cármen. Aquí está mi padre... (*Con emocion.*) Cuan demudado!

Medico. Melchor! Hay aqui unos amigos que desean veros.

Melchor. No creia que tuviese aun amigos... son compañeros de trabajo?

Medico. No, son unos caballeros.

Melchor. Caballeros! nobles y ricos sin duda? Esos no son amigos mios! pero sabrán que mi hija está deshonrada. (*Rápido.*) Ah! voy á contárselo, para que no lo digan á nadie. Ja! ja! ¿Donde están?

Davis. *A Cármen que se apoya en Damian para no caer.*) Prudencia y valor! (*A Melchor.*) Amigo! No me conoceis?

Melchor. A nadie conozco, á nadie veo. (*Apatia.*)

Davis. (*Brusco.*) Que sabeis de vuestros hijos.

Melchor. ¿Tengo yo un hijo? Ah? sí, lo recuerdo, pero huyó,

me abandonó en la miseria, hace años, muchos años ; pero tengo una hija... y esta hija está deshonrada.

DAVIS. No lo creais.

MELCHOR. Es la verdad. Yo lo ví, lo ví con mis propios ojos... Tambien me abandonó.

DAVIS. Os equivocais Melchor. Vuestra hija nunca ha dejado de quereros , es casta y pura como cuando la prodigabais vuestro amor y está aquí en vuestra presencia. (*Le presenta á Cármen. Melchor retrocede asombrado yse det iene mirándola fijamente.*)

MÉDICO. No produce efecto.

DAVIS. Aguardad! (*Melchor se acerca lentamente á Cármen.*)

MÉDICO. (*A Cármen.*) No pronuncias una palabra hasta que os avise.

MELCHOR. (*Acercándose.*) Mi hija ! Es esta mi hija ? Veo dos, si dos fantasmas... se unen en una. (*Llega cerca de Cármen y la toca para reconocerla.*) Esta es... no, no puede ser, deliro. (*Melchor se pasa la mano por la frente como para despejar sus recuerdos, quiere hablar y no puede, mira al rededor con vaguedad é incertidumbre se toca á sí y vuelve á tocar á Cármen hasta que da un paso atras con desaliento repitiendo.*)

MELCHOR. No puede ser.

MÉDICO. (*A Cármen.*) Hablad.

CARMEN. (*Abrazando con delirio á Melchor.*) Padre mio, yo soy ; yo misma, vuestra hija Cármen, que os quiero como siempre os he querido.

MELCHOR. (*Arrobado.*) Donde estoy ? Qué sucede ? (*Grito de alegria.*) Hija mia ! (*La abraza. Al volverse reconoce a Damian.*) Damian ! hijo... (*Grito de dolor.*) Ah ! (*Cae en brazos de Davis y Damian.*)

CARMEN. Se ha salvado ! (*Mucha ansiedad.*)

MEDICO. Tal vez ha muerto.

DAMIAN. Ah ! (*Se precipita sobre el cuerpo de su padre.*)

ACTO CUARTO.

Sala adjunta al salon de baile de casa de Susana, amueblada con lujo y brillantemente iluminada. Hay una mesa con tapete verde para juego en que estarán jugando algunos caballeros. Por el fondo se pasean máscaras con trages caprichosos. De cuando en cuando se oye la música del baile.

ESCENA PRIMERA.

El BARON de frac y SUSANA disfrazada con la careta en la mano.

SUSANA. Bien sabia yo que para encontraros debia venir á este lugar, Baron. El juego os tienta siempre.

BARON. Que quereis bella Susana! á mi edad no puedo ya competir con vuestros pollos. Mi lugar no está entre los bailarines, está aquí.

SUSANA. Qué os parece la fiesta?

BARON. Espléndida. Toda ella revela el gusto especial de la Directora.

SUSANA. Sois muy galante.

BARON. Hago justicia á vuestras prendas y apesar de los favores que os debo, soy imparcial.

SUSANA. A propósito. ¿Es verdad que Moulinart ha dejado Paris?

BARON. (*Bajo.*) Es cierto. Ese procuradorcillo por poco nos pierde con su miedo, pero no hay que temer.

SUSANA. Estais seguro?

BARON. No lo dudeis. Al declararse Davis mi enemigo temí por un momento; mas ahora se han frustado los planes de este nuevo protector de doncellas y desvalidos. He tomado bien mis medidas y soy invencible.

SUSANA. Y Tomé?

Baron. Ese pillo hubiera podido ponerme en grave compromiso por que es poseedor de secretos que no son para publicados. Al presente, empero, no puede dañarme porque le tengo encerrado bajo llave en mi casa.

Susana. Pero mañana?

Baron. Mañana habrá pasado en gran parte el peligro. El jurado habrá ya dado su veredicto en la causa contra Melchor y podrán tomarse nuevas precauciones.

Susana. No podeis ignorar que se ha prorrogado hasta una hora muy adelantada la audiencia y que el veredicto no se ha pronunciado aun.

Baron. Lo sé ; pero no me cuido de esto , pues no me incumbe. Pueden condenar ó absolver á Melchor, todo es posible; mas á mi nada puede perjudicarme en está causa.

Susana. Así lo supongo y espero que como hemos vivido hasta aquí, podremos vivir en adelante.

Baron. En efecto , el negocio del rapto de Cármen que es el único que podria comprometernos, no podrá llevarse adelante por la locura de Melchor. Con que, estad tranquila y no penseis en otra cosa que en aprovechar el placer con que brindais á vuestros convidados.

Susana. Así lo haré. ¿ Queréis acompañarme al salon?

Baron. Con mucho gusto. (*Se van.*)

ESCENA II.

SAVENEY y SAINT-MANOIR en la mesa del juego con otros; Despues DAVIS dando el brazo á CARMEN, esta con dominó.

Saveney. Amigo Saint-Manoir , la suerte no te favorece y me parece que habrás de abandonar la banca á otro mas afortunado.

Manoir. No temas, querido, mi caja es fuerte y puede resistir estos quebrantos.

Saveney. Dos mil francos al as. (*Davis entrado con Cármen la conduce á un sillon de la parte opuesta de los jugadores.*)

Davis. Sentaos , señorita , comprendo que este bullicio inusitado os moleste y...

Cármen. No es tan solo el bullicio lo que me fatiga , son las emociónes de este dia, tan fuertes y multiplicadas.

Davis. Confesad á lo menos que las mas de ellas han sido muy agradables y que van á producir un satisfactorio resultado.

Carmen. No lo niego; pero es demasiado puro mi pobre corazon. Solo hace algunas horas que me sacasteis de la casa del baron que me servia de cárcel y me parece que ha pasado un siglo desde aquellos sucesos.

Davis. Es verdad.

Carmen. Ojalá, no vuelva á ver á aquella fiera!

Davis. Os referís al Baron.

Carmen. Sí.

Davis. Siento decíroslo, pero está aquí y estraño que no hayais reparado en él.

Carmen. Está en el baile y puede encontrarse conmigo? (*Levantándose agitada.*) Oh! por piedad caballero sacadme de aquí.

Davis. No seais niña, Cármen, poco falta para que veamos colmados nuestros deseos con el castigo del Baron y es preciso que presencieis nuestro triunfo.

Carmen. Mas si me vé y me persigue... ¿Quién me defenderá?

Davis. No estoy yo con vos? Ningun temor os agite, estais en completa seguridad. Además, pronto tendremos con nosotros á vuestro hermano y espero será portador de gratas noticias.

Carmen. Toda mi confianza está en lo alto.

Davis. Si hija mia, Dios no desampara nunca al desvalido y aunque parezca á veces que los malvados van á triunfar de la inocencia, solo á la virtud está reservada la verdadera gloria.

ESCENA III.

Dichos y TOMÉ con dominó.

Tomé. (*Tocandóle en el hombro.*) Mr. Davis.

Davis. Quién sois?

Tomé. Un mensagero de faustas noticias. (*Se quita por un momento la careta.*)

Davis y Carmen. Tomé!

Davis. Que hay de nuevo?

Cármen. Qué es de mi padre?

Tomé. No os alarmeis.

Carmen. Hablad por Dios.

Tomé. Escuchad. Sabeis que el ladron habia logrado capturarme y que me tenia preso en su casa por temor de que yo revelara vuestros secretos.

Davis. Por cierto que esta precaucion echaba al suelo todas mis esperanzas, pues confiaba en vos.

Tomé. Pues este mismo exceso de precaucion ha causado su pérdida. Teníame encerrado en una habitacion del ala derecha de su palacio lejana del lugar en que acostumbra reunirse la servidumbre y esta soledad favoreció mis proyectos, pudiendo, sin ser visto, arrancar los goznes de la puerta y conseguir mi libertad. El acaso se empeñó en protegerme y en precipitar el castigo del Baron. Al ir á dirigirme hácia el jardin para salir á la calle, oí pasos de alguien que venia por el corredor é instintivamente me acurruqué en el hueco de una puerta figurada, la cual con gran admiracion de mi parte cedió y me encontré en un aposento reducido de que nadie en la casa tenia noticia.

Davis. Que habia en él ?

Tomé. Una mesa escritorio con muchos papeles, algunos recientemente escritos, y una vela ardiendo consumida en sus dos terceras partes. Comprendí que allí debian estar todos los secretos del Baron y en efecto en pocos minutos, pues temia ser sorprendido, pude encontrar y llevarme conmigo algunos documentos y notas preciosas que comprometen mucho á mi antiguo señor.

Davis. Bravo ! qué habeis hecho de ellos ?

Cármen. Pero, mi padre ?

Tome. Ansioso de salvarle corrí al jurado y llegué á tiempo de prestar mi declaracion y hacer entrega de los papeles. El jurado despues de una corta deliberacion ha pronunciado hace poco su veredicto y ha vuelto al momento á constituirse en sesion secreta, sin que nadie sepa el objeto.

Cármen. Qué ansiedad ! Cuál ha sido el fallo?

Tome. Melchor ha sido declarado inocente y se halla en libertad. Pronto le vereis entre nosotros.

Carmen. Ah ! Gracias Dios mio ! (*Se desmaya.*)

Saveney. (*Desde el juego habiendo oido el grito.*) Amigo Davis parece que haceis padecer al bello sexo.

Davis. Vive Dios! Cármen... Sostenedla Tomé ó va á comprometernos.

Saveney. (*Interponiéndose.*) No hay necesidad.

S. Manoir. Sois un pícaro afortunado! Quién es ella?

Davis. Por favor.

Saveney. Tengo interés en conocerla. (*Ap.*)

Davis. (*A Tomé.*) Vuelve en sí?

Tome. No es posible, mientras conserve la careta.

Saveney. Entradla en este cuarto, yo os ayudaré.

Davis. No, no, gracias. (*Van conduciéndola*)

Saveney. Descubridle el rostro ó se ahoga.

(*Tomé alarmado á este grito le quita la careta, en el momento que traspasa el dintel de la puerta.*)

Saveney. (*Reconociéndola y para sí.*) Oh! oh! Qué significa esto? La gacela asustadiza, la tímida é inocente paloma en brazos de Davis? Pícaro y redomado Davis que deja que otros saquen las castañas del fuego... Ja! ja! Pobre y necio Baron de Chateauvieux! Que broma vais á llevar.

Davis. (*Saliendo, ap.*) Tal vez haya reconocido á Cármen y vaya publicándolo por todas partes.

Saveney. Amigo, como sigue la enferma?

Davis. No ha sido nada... un vahido pasagero.

Saveney. ¿Dónde la habeis dejado? No conviene que tales joyas se dejen en manos de estraños.

Davis. ¿Qué quereis decir?

Saveney. Que quien á hierro mata á hierro muere. Adios y buena fortuna. Vuelvo á jugar.

Davis. (*Para sí.*) Estoy sumido en un mar de incertidumbre. No puedo perder tiempo. Parece que mi venganza contra el Baron se me escapa de las manos. (*Con resolucion.*) No será: pueden los jurados no hacer llegar la mano de la justicia hasta el culpable... yo le supliré aunque sea apelando al escándalo. Ah! Señor Baron! Veremos como osais presentaros de nuevo en los salones de la aristocracia, despues de la escena que os preparo.

ESCENA IV.

Dichos DAMIAN y MELCHOR por el fondo con Dominó.

Melchor. Condúceme, querido hijo. Solo, me perderia en los salones de esos grandes, en los cuales reina la inmoralidad y el fausto. ¡Cuando pienso que en cada una de esas fiestas se derrocha lo que podria bastar al sustento de cien familias honradas!

Damian. Avanzad sin temor, Padre, aquí debemos encontrar á Mr. Davis, que nos dijo que necesitaba de nuestra presencia.

Davis. Esos son sin duda.

Melchor. Aquí está. Oh! mi protector, mi salvador...!

Davis. Dejad esas cosas.

Melchor. Oh! no; no quiero callar. Tal vez yo por mi edad avanzada no pueda pagaros cuanto os debo; mas mi hijo Damian, lo mismo que yo mientras viva, estará dispuesto hasta á sacrificar la vida por vos.

Damian. Así lo juro; mi gratitud será eterna.

Davis. Ocupémonos ahora de lo que mas urge. Estais salvado que es lo principal; mas aun falta que despues de haber sacado vuestro honor ileso de tan duras pruebas, podamos asegurar vuestra futura suerte.

Melchor. Para nada necesito bienes de fortuna. El patrimonio del pobre, es sus hijos y mientras tenga á Damian nada me faltará.

Damian. Estad seguro de ello, padre mio.

Davis. Estas son á no dudar muy saludables ideas que os enaltecen á mis ojos y aumentan, si cabe, el cariño que os profeso; mas apesar de todo, creo que es conveniente y justo que recobreis lo que os pertenece.

Melchor. ¡Mr. Davis!

Davis. El importe del billete que os fué arrebatado por el Baron, debe volver á vuestras manos; y cuenta que representa una crecida cantidad.

Melchor. Ni la necesito ni la quiero.

Davis. Yo cuidaré de ello y tengo motivos para aseguraros su

cobro. Además es preciso que los muchos crímenes del Baron no queden impunes.

Melchor. Yo le perdono. Ningun rencor abrigo contra él y sintiera que el mezquino deseo de venganza agitara el corazon de alguno de mis hijos.

Damian. Creed que no es así.

Davis. Ese es negocio mio. No en pago de los ligeros servicios que puedo haberos prestado, sino en nombre de mi amistad hácia vos, os suplico que me ayudeis en mi empresa.

Melchor. Vuestros somos... disponed.

Davis Venid y os daré instrucciones al mismo tiempo que os comunicaré mi intento.

Melchor. Dónde está Cármen?

Davis. En los salones, acompañada de Tomé.

Damian. Vamos á su encuentro.

Davis. Seguidme.

ESCENA V.

SAVENEY, S. MANOIR y jugadores. Poco despues el BARON.

Saveney. Ha cambiado la fortuna y ese buen S. Manoir, hace suyo el patrimonio de la flor y nata de la nobleza de París.

Manoir. No me tengais envidia.

Saveney. Léjos de mí tal pensamiento. Aquí está el Baron y apuesto que este va á desbancaros.

Manoir. Mucho lo dudo.

Saveney. Es desgraciado en amores.

Baron. Se habla de amor?

Manoir. No, solo se juega.

Baron. Me pareció haber oido:—pongo encima del rey.

Saveney. Solo decia que habiais de ganar hoy por precision.

Baron. Lo creeis? En que os fundais?

Saveney. Por el pronto en que acabais de hacerlo.

Baron. Bagatela!—doblo—y en que mas?

Saveney. En vuestra suerte en amor.

Baron. Como? Sabeis de mí que haya sufrido algun desaire de Venus?

Manoir. El viento sopla por vuestro lado, Baron, recoged esto.

Baron. Doblo otra vez.

Saveney. No lo dije? Pues como iba diciendo, nada sé de vos precisamente, pero hay cierta historia, que lo mismo puede haberos pasado á vos que á otro.

Manoir. Que se cuente.

Baron. Sed sobre todo discreto.

Saveney. Es el caso que un noble galan se enamoró de una plebeya niña.

Baron. Eso es gastado.

Saveney. Aguardad. Y no pudiendo seducirla con promesas y halagos recurrió á la fuerza y la retuvo encerrada en su casa, muchos dias

Manoir. Esto es sabido, no se ignoran los nombres de los héroes y se dice que la niña fuerte en su virtud se resiste todavía.

Saveney. Ganasteis Baron?

Baron. No; perdí.

Saveney. Esto se dice? pues allá va lo mejorcito del cuento. Aquella virtud soberbia que resistió las caricias y las amenazas del primer adorador, se ha arrojado (despues de abierta la jaula, por supuesto) en brazos de un nuevo y mas afortunado amante.

Manoir. Me desbancasteis, tomad mi lugar.

Baron. Un momento.—Lo que decís es imposible.

Saveney. Yo la he visto.

Baron. Donde. *(Agitado.)*

Saveney. Aquí, en el baile.

Baron. Quién es el miserable? *(Con ira.)*

Saveney. *(Bajo.)* Mr. Davis, representante de la prensa independiente y segun se vé, conquistadora.

Baron. Maldicion! *(Se levanta para irse.)*

Manoir. Perdonad. *(Deteniéndole.)* Me debeis el desquite.

Baron. *(Dominándose.)* Es verdad.

ESCENA VI.

Dichos y DAVIS, DAMIAN y MELCHOR.

Davis. Vais á jugar.

Melchor. Estoy á vuestras órdenes. No olvides lo convenido. *(A Damian.)*

Damian. Descuidad. (*Davis se acerca á la mesa con Melchor.*)
Saveney. Ola, querido, qué se hizo vuestra pareja?
Davis. Lo ignoro. (*Seco.*)
Saveney. Tendreis mala suerte. (*Intencion.*)
Davis. Quizás... Ya veis que no juego.
Manoir. Pues quién?
Davis. Mi amigo.
Baron. Lo es? (*Por llevar Melchor el rostro cabierto.*)
Davis. Y mucho.
Baron. Eso basta. Cuánto poneis? (*á Melchor.*)
Melchor. Diez mil francos.
Manoir. Bonita suma. (*Juegan.*)
Melchor. Veinte mil.
Baron. Ganasteis... recoged vuestro dinero.
Melchor. Cuarenta mil francos.
Saveney. El negocio se complica.
Manoir. Valiente y afortunado jugador.
Davis. Adelante, amigo... Baron no estais de suerte estos dias.
Baron. Que quereis... ya llegará mi hora.
Saveney. Témome que habrá lance. (*Ap.*)
Manoir Conoceis al enmascarado? (*Ap.*)
Saveney. No; pero pronto lo sabremos.
Melchor. Ciento sesenta mil francos.
Manoir. Esto acabará mal. (*Ap.*)
Saveney. Que fortuna para tu haber dejado la banca!
Manoir. El tiro va dirigido al Baron.
Melchor. Doblo la suma. Si temeis seguir jugando...
Baron. No; vive Dios! (*Con rábia.*) Vuestros son.
Melchor. Vuelvo á doblar.
Baron. Acepto; juego bajo mi palabra.
Melchor. No puede ser.
Baron. Qué habeis dicho?
Melchor. Repito que no puede ser.
Baron. Por qué? (*Con ira reconcentrada.*)
Melchor. Porque no fio en la palabra del baron de Chateauvieux.
Baron. (*Levantándose.*) Me dareis una esplicacion de estas palabras.
Saveney. Es justo.
Melchor. La daré.

Baron. Al momento! (*Todos bajan al procenio abandonando la mesa.*)

Manoir. No se duda asi de la palabra de un noble.

Melchor. Un noble! Hablais del Baron? Ja! Ja!... La nobleza... no es tal, si no se funda en los buenos y honrados sentimientos. La nobleza es la de las acciones, no la de nacimiento. Vuestro padre, Sr. Baron, podia ser noble y lo era, mas vos, que al par que el título no habeis sabido conservar una conducta sin tacha, ni sois noble ni caballero, ni se debe teneros por tal.

Saveney. Caballero!

Davis. Dejad.

Melchor. El que cuida del honor de sus antepasados, aunque estos sean humildes, el que respeta la memoria de sus ascendientes imitando sus hechos magnánimos, el que á tener brillante cuna conserva terso y resplandeciente el blason de su familia, este es noble de buena ley... mas los que, como vos, se encenegan en el vicio, y no reparan en medios para satisfacer sus caprichos, y solo se acuerdan de su escudo para gravarlo en sus targetas y pintarlo en sus carruages, estos, Sr. Baron, son indignos de que se les considere nobles y son como vos, unos entes despreciables.

Baron. (*Furioso.*) Ah! miserable.

Saveney Moderaos. (*Conteniéndole.*)

Manoir. Acordaos que estamos en casa agena.

Baron. Seré prudente. (*Desasiéndose y adelantando con pausa hácia Melchor.*) ¿Quién eres tú que te atreves á hablarme con tal insolencia? ¿Por qué llega tu cobardía á dirigirme insultos á mansalva? á hacerme objeto de viles calumnias que te será imposible probar? Hablas de honradez y virtud y vienes á desempeñar el infame papel de reptil que muerde oculto en la yerba. Abajo esa careta, villano, sepamos á lo menos que no te falta valor para sostener con la faz descubierta tus improperios.

Melchor. Mi sola vista os anonadaria.

Baron. Nada me arredra. Antes de que en un duelo á muerte pueda arrancarte la lengua para darla á comer á mis perros, quiero conocerte. Descúbrete ó sino... (*Levanta la mano para arrancarle la máscara.*)

DAVIS. (*Cogiéndole la mano.*) Teneos.
MELCHOR. (*Descubriéndose.*) Mirad.
BARON. (*Estupefacto.*) Melchor aquí!
SAVENEY. El picapedrero!
MELCHOR. Yo soy.
BARON. Ah, Davis, ya nos veremos.
DAVIS. Cuando gusteis.

ESCENA VII.

Dichos, SUSANA y convidados.

(*Durante el altercado se ha ido formando grupo por entre el cual penetra Susana.*)
SUSANA. ¿Qué sucede? Tal escándalo en mis salones? Baron, vos que sois un hombre sesudo...
BARON. Señora!
SUSANA. Y quién es el otro? No conozco á este caballero.
MELCHOR. Señora, pues que pareceis ser la dueña de esta casa, dignaos perdonarme por haber dado ocasion á esta escena.
SUSANA. Caballero...
MELCHOR. Ante todo no soy caballero, soy un simple trabajador, un pobre obrero.
VARIOS y SUSANA. (*Con desprecio.*) Un obrero!
MELCHOR. (*Con dignidad.*) Un obrero, si... pero de corazon y sentimientos tan nobles como el que mas... un obrero que puedo llevar muy y muy erguida la frente en este lugar, donde hay tantas que deben bajarse ruborizadas.
SUSANA. No sé con que derecho...
MELCHOR. Voy á esplicároslo y esta esplicacion me servirá de escusa ante vos.
BARON. Yo mandaria echarle á palos.
DAVIS. Permitid que hable.
SUSANA. (*A Melchor.*) Os escuchamos.
MELCHOR. Yo he venido aqui, señora, para evitar que continue frecuentando el trato de las personas honradas, un hombre vil y fementido.
VARIOS. Cómo?

Melchor. El baron de Chateauvieux es indigno de alternar con la buena sociedad. El Baron es un seductor que no repara en acudir á la astucia, á la mentira, á las amenazas y á la violencia, para atentar al pudor de las doncellas que no son para con él tan complacientes como las damas de mas alta esfera.

Saveney. (*Aparte á S. Manoir.*) Algo hay de eso, querido.

S. Manoir. Amigo, no es gran pecado.

Melchor. El señor Baron, es un ladron y un falsario que no tan solo tiene contraidas deudas por mas de diez veces el valor de su patrimonio, si que tambien en una calle pública, á la luz del sol, no ha reparado en robar á una infeliz muger un billete que habia salido premiado.

Saveney. Esto es mas grave!

Susana. (*Al Baron.*) Valor!

Baron. La rábia me ahoga.

Melchor. El Baron es finalmente un incendiario, pues no vaciló en pegar fuego á su palacio, esponiendo á la muerte á las personas que en él estaban reunidas, para pretestar que habia perdido cantidades enormes y diferir el pago de obligaciones que no piensa cumplir.

Davis. Qué decis á eso Baron?

Susana. Contestad.

Baron. (*Con audacia.*) Que he de contestar, amigos? En vuestros rostros leo el poco crédito que dais á todas esas calumnias.

Davis. Calumnias! Justificaos si podeis.

Baron. Cómo no? Donde están los que aseguran que es verdad lo que dice este hombre?

Davis. No están lejos.

Melchor. Vedlos. (*Cármen, Damian, Tomé y dos obreros, se descubren. Sensacion.*)

Carmen. Yo afirmo con juramento cuanto á dicho mi padre.

Damian. Y yo.

Tomé. Y yo.

Obreros. Y yo.

Davis. Tambien yo afirmo que es positivo cuanto aqui se ha dicho y que tengo pruebas esplícitas sobre ello.

Baron. (*Despues de una suspension, se repone.*) Todo es falso. Quienes sois vosotros? Parientes y amigos del calumnia-

dor, criados despedidos de mi servicio y miserables á quienes se soborna por pocos sueldos. Mi sola palabra, vale mas que todos vuestros juramentos. Os desprecio, ni quiero contestaros.

DAVIS. Porque sois culpable.

SUSANA. Desertais de nuestra bandera.

DAVIS. Mi bandera es la verdad.

BARON. Ese hombre ha estado loco durante mucho tiempo y tal vez no ha vuelto aun á la razon. Y aun que estuviera en su juicio. ¿Quereis saber lo que motiva sus infundados dicterios? Vedlo. Es un inquilino que no paga los alquileres y á quien puedo arrestar por este motivo.

SUSANA. (*Mirando el papel.*) Es verdad.

DAVIS. Esta órden no tiene fuerza.

MANOIR. Sois unos infames.

CARMEN. Ah! padre mio!

MELCHOR. Hija valor!

DAVIS. (*Con rábia.*) Oh! se salva.

BARON. Mandad salir á esos pillos

ESCENA VIII.

Dichos y un COMISARIO de policía.

COMIS. En nombre del Rey.

SUSANA. Llegais á tiempo.

COMIS. El baron de Chateauviex?

BARON. (*Vacilante.*) Que se ofrece?

COMIS. Sois preso.

VARIOS. Como! (*Apartándose del Baron.*)

CÁRMEN Y DAMIAN. (*Abrazando á Melchor.*) Padre!

DAVIS. Triunfé.

SUSANA. De que se le acusa?

COMIS. De ladron y de incendiario.

DAVIS. Esta es la prueba.

BARON. Maldicion! soy perdido! (*Se le llevan. Pausa.*)

SAVENEY. (*Á Davis.*) Nos habeis hecho un favor desenmascarando á ese tunante.

MANOIR. Gracias, Davis.

DAVIS. Cumplí con mi deber.

SUSANA. Señores y señoras, no vale la pena de interrumpir la fiesta por este incidente.

SAVENEY. Tenois razon. Todo 'se reduce á que hay un *dandy* menos en el mundo elegante.

S MANOIR. Ja ! Ja ! Volvamos al baile.

SAVENEY. Y al juego. (*Se dispersan.*)

ESCENA IX.

MELCHOR, DAVIS, CÁRMEN y DAMIAN.

DAIIS. Gracias amigos mios.

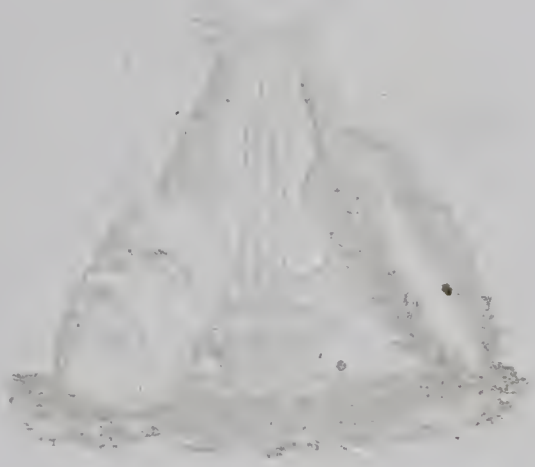
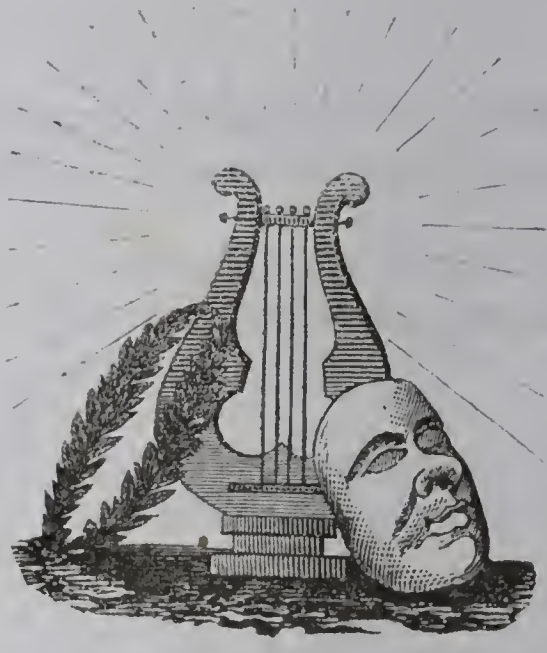
CÁRMEN. Sois nuestro Salvador.

DAVIS. Ya el porvenir se os presenta sonriendo. Ojalá, podais olvidar en el seno de la dicha, los infortunios que durante tanto tiempo os han perseguido!

MELCHOR. Dios nunca desampara al que es bueno y laborioso. Arrodillaos hijos mios y en este momento solemne recibid por mi medio su bendicion. La bendicion de un hombre honrado, lleva consigo la felicidad.

FIN.

ERRATA NOTABLE.

En la página 19, despues de la línea que dice primer cuadro se dejó de poner por un descuido involuntario la siguiente esplicacion:

Una buhardilla de aspecto miserable con una sola puerta en el fondo. Una mesa vieja, dos ó tres sillas y algunos pedazos de estera en un rincon.